

EL JARDÍN DE LOS DESEOS

18 cms.
813

R. 70.133

BIBLIOTECA MOGREBI



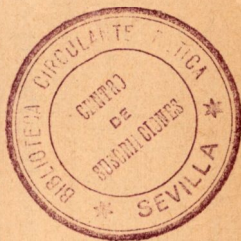
EL JARDÍN DE LOS DESEOS

POESÍAS BERBERISCAS

DE

SID MOJAND

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ISAAC MUÑOZ



RENACIMIENTO

MADRID
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES
LIBERTAD, 172

1914

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

DEDICO ESTA BIBLIOTECA, EN LA QUE ME PROPONGO NOBLE Y MODESTAMENTE AUMENTAR EL CONTACTO ESPIRITUAL ENTRE NUESTRA PATRIA Y EL VIEJO MOGREB MISTERIOSO, AL EMINENTE POLITICO Y EXCELSO ORADOR D. ANTONIO LOPEZ MUÑOZ, COMO HOMENAJE DE MI LEAL Y ENTRAÑABLE AMISTAD.

CAPITULO PRIMERO

Para penetrar en el alma, en la entraña obscura y misteriosa de una raza, todos los análisis psicológicos serán fríos y estériles, de un inestable valor de relatividad, si no se bucea con ágil instinto y con profunda visión en los tesoros siempre fulgurantes de su literatura.

El ilustre escritor Hanoteau, que ha dejado tan sutiles y preciosos estudios acerca de las kabilas del Yurjura, ha dicho con exactísimo sentido que, cuanto más inmóvil y estacionaria es la civilización de un pueblo, es más representativa y reveladora su literatura, pues no siendo el producto de una determinada clase letrada, formada en un cosmopolitismo cultural, expresa más viva, más cruda, más ardorosamente todas las modalidades del espíritu máximo de la raza.

El kabila, como todas las ramas dialectales del áspero y viejo tronco berberisco, no es una

lengua escrita y cultivada por doctos estilistas, y todo su caudal literario, de una ruda y penetrante fragancia, se encuentra reducido á una serie de leyendas y de cuentos ingenuos, bizarros y maravillosos, que se transmiten de generación en generación por la tradición oral, y que se conservan en las tribus con el mismo religioso amor con que se guarda la milenaria piedra familiar del llar.

Juntamente con las leyendas, en las que á la recia médula berberisca se mezcla el gentil y fabuloso lirismo arábigo, se encuentran poesías, *jácaras*, que por su talante espiritual, por su vibrante sentimentalidad, por su noble forma, ofrecen un intenso y singularísimo interés literario.

Los cuentos y las leyendas, de procedencia casi siempre anónima, son del dominio de los clásicos narradores, que de kabila en kabila y de soko en soko recitan, con gestos de iluminados, ante un auditorio de árabes rígidos, silenciosos, como mineralizados, que escuchan formando círculo como para un rito mágico.

Los versos, en cambio, son siempre la obra definida y precisa de poetas de relieve, que poseen una excelsa personalidad aislada entre las gentes de la tribu.

El admirable compilador Hanoteau, en su obra dedicada á los cantos populares del Yur-

jura, establece tres divisiones esenciales en la textura de la poesía kabila.

Una, que comprende los episodios puramente históricos y políticos, y que ha sido investigada clara y sagazmente por los especialistas Basset, Luciani y Sedira; otra, de un aspecto tumultuario é informe, en la que se confunden poesías diversas, extrañas y aun contradictorias, de raros y distintos ritmos y de inarmónico carácter espiritual; y, finalmente, otra más homogénea, más entonada y más gentilmente interesante, consagrada exclusivamente á la mujer. Este núcleo de poesías se llaman las *Isefra*, y son siempre ardientes y exquisitas canciones de amor.

En todo este vasto conjunto de poesías, las reglas prosódicas no tienen apenas concreto valor real; la cesura y la medida son de la más seca y descarnada pobreza, y aun la misma rima, absolutamente necesaria en la menor canción, aparece en ocasiones sin ímpetu y sin brillo.

Debe, no obstante, tenerse en cuenta que, á pesar del hosco y secular primitivismo del pueblo berberisco, y á pesar de la breve y rudimentaria cultura de los poetas, la poesía kabila es eminentemente rítmica y de una ardorosa y profunda musicalidad.

La rima es simple, de líneas geométricas,

cuando va de dos en dos versos, y á veces se entrelaza y se cruza.

Es, además, principio clásico, en lo que pudiéramos llamar prosodia kabila, que las poesías que hayan de ser cantadas no deben contener nunca un número de versos que no sea múltiplo de tres; y siendo, por consiguiente, la base el terceto, puede afirmarse resueltamente que, aparte de las monorrimas, una poesía concluirá siempre por una rima distinta á la del primer verso.

Hanoteau, en su extensa obra acerca de la poesía berberisca, ha incluido á los *Idiehhalen* é *Imeddajen*, raros poetas que ya van siendo como una curiosidad histórica, y que de día en día desaparecen de la kabila.

Estos cantores, más bien que poetas, eran fieros y exaltados improvisadores, que surgían en determinados momentos culminantes de crisis, de guerra, de trágica postración, y que con sus gestos proféticos y sus palabras llameantes sacudían con brava tempestuosidad el alma de la multitud.

Semejantes á los bardos medioevales, estos poetas cantaban alabanzas á Dios, las hazañas de la guerra, los altos hechos de los caudillos, el odio á los enemigos del Islam, las acerbas luchas de las tribus, las glorias y los infortunios de la patria.

En sus cantos, más bien fanáticas y violentas predicaciones, predomina la elocuencia, el verbo cálido y alucinador, absorbiendo la sentimentalidad y la maravillosa clarividencia poética.

Alguno de estos trovadores, como el *Kasi naith Ullah'ia*, de Adni, han perpetuado su recuerdo entre las tribus, y son venerados como claros é insignes varones de la negra y enigmática tierra africana.

CAPITULO II

Como fatal y necesaria consecuencia de la densidad de población y de la bárbara é inferior agricultura, la kabila es generalmente pobre.

Su constitución es de un democratismo verdaderamente admirable, y pudiera afirmarse que el más amplio y pleno socialismo tiene realidad en esas organizaciones, que se administran inspirándose en los magníficos principios que hacen que todos se sacrifiquen por cada uno y cada uno se sacrifique por todos.

Estos principios, que radican en la kabila desde los tiempos más remotos de su historia, dieron lugar á que el ilustre historiador árabe Ben Kjaldun colocara á los berberiscos en el rango excelso de los árabes, de los persas, de los griegos y de los romanos.

La titánica bravura y el soberbio espíritu

igualitario é independiente de los berberiscos han sido siempre legendarios entre todos los pueblos que conquistaron el norte africano.

Una vieja tradición árabe cuenta que Aicha, mujer del Profeta, encontró un día á un joven fiero, fuerte y armonioso, cuyos negros cabellos estaban complicadamente trenzados.

Aicha preguntó:

—¿ De qué tribu, entre todas las naciones, es este mancebo ?

—Es un braber—le contestaron.

—¿ Cómo son los de tu raza ?—interrogó ella al extranjero.

Y éste respondió:

—Los berberiscos honramos á las mujeres, acogemos noblemente á los huéspedes y ponemos bridas á los reyes, como se hace para refrenar á los caballos.

Un gran historiador árabe, El Bekri, ha dicho: «Nosotros, los árabes, combatimos por los *dinares* y los *dirjemes*, en tanto que los berberiscos combaten por su raza y por la gloria de Allah».

En la contextura de la kabila, generalmente clara y accesible á la observación y al estudio, hay, sin embargo, aspectos enigmáticos y desconocidos que aparecen tan velados como los rostros fantásticos de las moras, y uno de estos aspectos, tan complejo y obscuro como singu-

larmente interesante, es el referente á la situación de la mujer.

El berberisco es monógamo, y además de consagrarse con exclusividad á una sola mujer, jamás posee esas bellas y jóvenes esclavas negras á que son tan aficionados los próceres de estirpe mora.

La mujer berberisca, contra la ley del Islam y contra las costumbres del Mogreb y del Oriente, no se vela nunca y lleva siempre descubierta el rostro, de luciente piel de cobre, de negras pupilas llameantes, de labios rojos, desbordantes de vitalidad.

Como en los dorados y lejanos días bíblicos, la mujer camina sola por los campos, y junto á las fuentes de preciosa traza antigua ellas se cuentan las historias de la tribu y ofrecen agua á las caravanas que vienen, cubiertas de polvo y comidas por el sol, de los remotos mercados del desierto.

Además, cuando la mujer es viuda está plenamente capacitada para prescindir de tutores y administradores y puede disponer libremente de todos sus bienes.

En áspero tono de censura se ha dicho que la mujer berberisca vive en un plano de evidente y marcadísima inferioridad, por hallarse excluída de la herencia paterna.

Antes, sin embargo, de anticipar juicios ar-

bitrarios, conviene saber que desde la invasión de los árabes hasta los principios del siglo XVIII, lo mismo las mujeres que los hombres participaban idénticamente del reparto de los bienes paternos; pero habiendo adoptado las tribus berberiscas la ley del Islam, necesariamente habían de desorganizarse las viejas leyes.

Así, pues, si la actual constitución berberisca no ha modificado este estado de cosas ha sido en beneficio de la paz general y en interés, por consiguiente, de la propia familia.

En la organización berber, la unidad social la constituye la familia y de ningún modo el individuo.

Los bienes son perfectamente comunes; el producto del trabajo de cada miembro se suma íntegramente á los bienes de la asociación, mantenida y dirigida por el padre ó por el hijo primogénito, y de esta constitución, absolutamente patriarcal, nace también una de las causas fundamentales que han dado lugar á que la mujer sea excluída de la herencia, pues al heredar las hembras, el patrimonio quedaría dividido, y lógica, inevitablemente vendría la completa dislocación de la familia, cimiento primordial sobre el cual se asienta la vitalidad de la tribu.

En el tiempo en que las mujeres disfrutaban totalmente de los mismos derechos que los

hombres, se daba muy frecuentemente el caso de que, á consecuencia de las particiones, los comentarios y las polémicas se enconaran hasta el punto de acabar en sangrientas luchas interminables, que engendraban feroces, terribles odios que se transmitían de generación en generación.

Por otra parte, era también espectáculo muy corriente que las mujeres, después de haber disipado su patrimonio, se encontrasen abandonadas, sin refugio y sin asilo; y como el espíritu berberisco se manifiesta siempre protector de la mujer, y comprendió que esto era una morbosidad que corroía las bases de la sociedad, puso á este estado de cosas término radical y definitivo.

Hace unos dos siglos, aproximadamente, se congregaron numerosas tribus y decidieron, por acuerdo unánime, que las mujeres carecerían del derecho de sucesión sobre las tierras; pero al mismo tiempo impusieron á sus parientes la ineludible obligación de atenderlas y protegerlas.

Una cláusula de este acuerdo especificaba que desde luego podrían ser objeto de donaciones, pero que no percibirían sino el usufructo, y á la muerte, la posesión pasaría á los de mejor derecho, esto es, á los varones.

Las finalidades esenciales de tal criterio fue-

ron, evidentemente, colocar á la mujer bajo la protección eficaz y constante de las gentes de su sangre, impedir que los bienes seculares de la familia se disgregaran y perdieran, pasando á manos extrañas, y mantener la paz general, evitando las acerbas hostilidades de otro tiempo.

Revela luminosa y concluyentemente el sentido gravemente protector del berberisco hacia la mujer el hecho de que si ésta posee un pequeño capital, hecho mediante largas y laboriosas economías, el marido, no solamente no puede disponer de él, sino que, por el contrario, está obligado por todos los medios á contribuir á que prospere y fructifique.

La sociedad familiar berberisca tiene dos funciones que se desarrollan en armónico paralelismo. El hombre combate, trabaja en los campos; la mujer educa á los hijos, teje la lana, muele el trigo y fabrica los dorados panes circulares.

La esclavitud de la mujer berberisca ni existe, ni ha pasado nunca de ser una de tantas pintorescas fantasías de viajeros fácilmente impresionables.

La berberisca domina al hombre con su belleza, con su ágil gracia de fiera, con su encanto un poco áspero como el de una fruta cubierta de polvo y caliente de sol y con su ins-

tinto sutil y clarividente, que la guía con impulso seguro por los caminos tenebrosos de la vida.

Al mismo tiempo, la mujer braber sabe ser siempre la esforzada compañera del guerrero, del indómito y valiente africano, que ha resistido á todas las dominaciones y que se ha mantenido salvajemente victorioso en las gigantes cas cumbres de sus montañas.

La mujer es la dulzura, la paz, el amor en las hoscas *gurbis*, en las negras tiendas tejidas con pelo de camello enclavadas en las infinitas soledades africanas; pero esta misma mujer es también el terrible aullido de pantera que enciende la guerra cuando una amenaza ruge en torno de la tribu.

Para el berberisco, la mujer no es nunca un ser inferior, rebajado y sometido á una dura tiranía, sino que es siempre el hechizado complemento de su vida, cantado gentilmente por todos los poetas de la raza.

En la mayor parte de las tribus, la mujer posee una libertad de tal naturaleza, que cuando voluntariamente se separa de su marido no hay fuerza ni precepto, en todo lo que pudiéramos llamar legislación berberisca, para torcer y violentar su resolución.

A través de todas las épocas, en la raza berberisca persisten los mismos tradicionales ras-

gos inmutables que han sobrevivido con fuerza indestructible, á pesar de todas las influencias dominadoras, especialmente de la árabe.

Lo mismo en el tiempo de la colonización cartaginesa, que bajo las altivas águilas de Roma, que en las épocas bizantina y vandálica, que bajo los estandartes verdes del Islam, el fundamento máximo y supremo de la sociedad berberisca ha sido y es la libertad y la igualdad, y este principio permanece con tenaz y coherente potencia.

En cuanto á la situación de la mujer, los hechos que revelan en la Historia su influjo amable y suave, pero fuerte y penetrante, son infinitos, y aparte de Zeineb, para la cual el Sultán Almoravide Yusef-ben-Tachfin construyó los maravillosos palacios de Marrakesh, de la heroica Lalla-Fatma y de la misteriosa reina Dahia, llamada la *Kajina*, hija de Tabeta, hijo de Tifan, descendiente de una ilustre familia berberisca por El-Abter, existen otros muchos brillantes ejemplos que exteriorizan con vivo relieve la condición de la mujer.

Los Beni-Iraten, ha dicho el insigne Ben-Kjaldun, reconocen á los Beni-Abd-Essamed, una de sus ramas, el altísimo derecho de proporcionarles jefes y caudillos, y en el tiempo en que el Sultán Beni-Merin-Abu-El-Hassen conquistó el Mogreb central, tuvieron, por

acuerdo general, de jefe á una mujer llamada *Chimci*.

En el año 739 Abu-Abd-Errajman-Yakub, hijo del Sultán Abu-El-Hassen, huyó de la *Metidya*, en donde su padre había instalado el campamento; pero notada rápidamente su ausencia, prontamente fué apresado por un núcleo de jinetes de la guardia imperial, enviados en su persecución. Lo condujeron aherrojado á presencia de su padre, y éste lo encarceló y algún tiempo después lo mandó matar.

Por entonces, un dependiente de la baja servidumbre palatina, aprovechándose de su singular semejanza con el príncipe Abd-Errajman, se presentó en la fuerte tribu de los Beni-Iraten, y se reveló como el hijo del Sultán, fugado de su prisión.

La reina *Chimci* lo acogió con noble y gallarda hospitalidad, y después de ofrecerle su propia morada, congregó á todos los guerreros y á todos los viejos de la tribu y los invitó á reconocer y acatar la autoridad del príncipe y á secundarle brava y bizarramente en sus luchas contra el Sultán.

El Sultán, cuando supo toda la extensión del movimiento que se iniciaba contra él, envió hábiles emisarios á las tribus, y ofreció á sus notables y á los hijos de *Chimci* magníficos regalos si le entregaban al prisionero.

Chímci rechazó abierta, categóricamente todas las fascinadoras ofertas, y se dispuso con ánimo heroico á luchar contra el Sultán.

Un imprevisto accidente casual descubrió á la valerosa mujer que el tal príncipe no era sino un aventurero, y entonces, acompañada de alguno de sus hijos y de los más ilustres guerreros de su tribu, se presentó en la corte del Sultán á pedir gracia por su rebeldía.

El monarca Beni-Merin le hizo un espléndido recibimiento, y á ella y á todos los de la comitiva los colmó de regalos de inaudita suntuosidad.

En el remoto tiempo en que la raza berberisca estaba en todo su pujante esplendor hubo una larga y resplandeciente serie de sultanas, de princesas y aun de simples mujeres de tribu, que ocuparon con excelso valimiento los lugares más eminentes, que administraron sus reinos con el más sabio sentido político, y que se distinguieron en las guerras con legendario heroísmo.

Sabido es de todos los que han investigado el conjunto histórico berberisco que muchas victorias obtenidas por esta raza en sus luchas incesantes contra tantos y tan diversos pueblos se han debido especial y casi exclusivamente á la presencia animadora, á la feroz y fanática sugestión de una bella y misteriosa amazona,

que con la mirada fulgurante, con la palabra aguda, hiriente como la hoja de un puñal, exaltaba frenéticamente á los suyos, arrojándose con soberbia audacia sobre el enemigo y llevando por guión su precioso pañuelo de seda á guisa de estandarte en el extremo de una lanza ensangrentada.

En los días trágicos en que el relámpago de la batalla ilumina á las tribus, mujeres jóvenes, viejas, circulaban entre las compactas filas de los combatientes llevando jarros de pintura, y á los que huían, ó á los que solamente iniciaban el ademán fugitivo, los señalaban en la espalda con un trazo negro de estigma y de maldición.

En lo que se refiere á la abnegación de la mujer berberisca, podrían multiplicarse las anécdotas, que dan precisa idea de su amor hacia todo lo que es noblemente digno de ternura.

Cuenta la vieja crónica de Abu-Zacaria que en el reino de Tabert, sometido á la dinastía de los Rostemides, vivía un venerable sabio, llamado Abu-Meridas, que estaba siempre de tal modo absorto en sus profundas especulaciones científicas, que olvidaba absolutamente todo lo que concernía á las bajas miserias terrenales.

Este docto varón, que ni guerreaba ni co-

merciaba, era muy pobre, y apenas si tenía un lecho de estera y unos rotos harapos para cubrir sus viejas carnes consumidas.

Pero he aquí que una florida primavera en que daban los jardines sus perfumes más desvanecedores y en que los ruiseñores se amaban entre la pompa fragante de los árboles, el sabio musulmán pensó súbitamente en casarse, en tener á su lado una dulce y linda compañera que alegrara con la divina armonía de su juventud sus largas y áridas horas de soledad y desamparo.

Ignorante de todas las artes de la galantería, y cada día más hundido en sus amarillos infolios, comisionó á un amigo para que le eligiera con sutil tacto á la que había de ser el ornamento de su vida.

Recorrió el amigo todo el Yebel Nefus, y encontró una gentil doncella, de suave belleza meditativa.

Bastóle á la joven berberisca que su futuro fuera un sabio preclaro, y despreciando las riquezas y los bizarros y galanes arreos de la juventud, fué la luz en la miserable morada del viejo, y se distinguió extraordinariamente entre las más nobles mujeres de su tribu.

La mujer braber no ha mantenido su rango sola y determinadamente por su autoridad moral, sino que también en el orden intelectual

ha sabido sostener su claro y elevado prestigio.

Refiere también Abu-Zacaria que los berberiscos de Tajert, bajo Abd-Errajman-ben-Rostem, poseían una admirable cultura.

Y á propósito de esto dijo Mojad Allah: «No hay mujer en nuestra tribu que no conozca los signos del Zodíaco».

En este dorado tiempo de la gloria berberisca, el príncipe Abd-el-Ujab y su docta hermana dedicaron una noche á las curiosas interpretaciones de las herencias. Antes de que albeara el día habían calculado con prodigiosa exactitud todas las herencias orientales y occidentales. Prescindiendo de la admirable poetisa Aicha, que competía brillantemente con los más famosos doctores del Islam, puede afirmarse que en el mismo tiempo actual el monopolio de la cultura pertenece casi totalmente á las mujeres.

Duveyrier, en su excelente obra acerca de los Tuareg del Norte, indica que si ha podido conservarse con pureza el antiguo idioma berberisco débese al instinto tradicional de las mujeres, pues consagrado el hombre á los azares de la guerra y al cultivo de los campos, la mujer es la encargada de educar á los hijos y de formar y fortalecer sus almas, manteniendo siempre intacta y potente la medula de la raza.

CAPITULO III

Algunos comentaristas, al estudiar la situación de la mujer berberisca, han incurrido en contradicciones de marcadísima significación, que conviene destruir para restablecer los verdaderos términos de la cuestión.

Estos tratadistas, después de haber presentado á la mujer total y sombríamente obscurecida, y después de repetir que ante el padre, ante el marido, ante el hermano, la mujer no es mas que una pasiva mercancía, añaden, con incongruente ligereza, que el berberisco la venera y la adora como á una divinidad.

Otro autor ha dicho que la mujer berberisca es algo intangible, sagrado, y que el más ligero acto que pudiera profanarla daría lugar inmediata y fatalmente á las venganzas más sangrientas.

Ciertamente, los berberiscos son de una ruda y cerrada intransigencia en lo que concierne á

la dignidad de la mujer, y la *horma* (honor) y la *anaia* (protección) se consideran como inviolables.

Este respeto á la mujer tiene una raigambre tan profunda, que si en la lucha más acerba y encarnizada se interpone una mujer, su sola presencia bastará para imponer la paz.

Y este principio tiene una potencialidad tan latente y tan firme en la kabila, que si alguien intentara infringirlo, la tribu entera se levanta ría fieramente para la venganza.

Entre las tribus africanas, la mujer se considera como un ser delicadamente débil, que el hombre coloca desde luego bajo su protección, y por esta circunstancia ha podido decir algún autor que la berberisca permanece siempre en tutela.

Claro es que podrán encontrarse casos en los que la mujer aparezca dura y bárbaramente tiranizada, muy principalmente en las tribus cercanas á la costa, que por su contacto con elementos más en corrupción han perdido sus modalidades primitivas; pero esto, por fortuna de la constitución berberisca, no ha llegado á las vastas entrañas de la raza.

Un episodio que tuvo lugar no hace mucho tiempo en una tribu de la montaña revela crudamente toda la extensión de la fuerza moral de la mujer.

Habían asesinado con espantosa crueldad al marido de una berberisca, y los hermanos de la viuda, después de largas investigaciones, apresaron al asesino, y lo llevaron ante su hermana, para degollarlo en los umbrales mismos de la casa del muerto.

Lívida, temblorosa, con los labios entreabiertos por la ansiedad, y las pupilas trágicamente iluminadas por resplandores demoniacos, la mujer esperaba su venganza.

El asesino, después de haber recibido varias heridas, rugiente, feroz, cubierto de sangre, se arrastraba por el suelo como una serpiente.

Mordiéndola la tierra, manchada con su sangre, con inauditos esfuerzos sobrehumanos se acercó á la viuda y, tocando el borde de su vestido, le dijo :

—¡ Invoco tu *anaia*!

La viuda arrojó sobre él su velo, y el asesino quedó perdonado.

Multiplicar rasgos de esta índole sería empresa facilísima, pues constantemente tienen realidad en la extraña tierra africana.

Respecto á las uniones kabileñas, un autor ha indicado que los matrimonios en esta raza no parecen tener un definitivo carácter legal.

Conviene tener en cuenta que los casamientos berberiscos suelen ser actos serenos y quizá un poco fríamente meditados.

Los berberiscos saben, ó más bien presienten, que el amor no es sino un sueño, y prefieren, con dulce y tranquila sabiduría, que una amistad cordial y armoniosa sustituya á las ilusiones resplandecientes, que duran tanto como una hora de sol.

Cuando dos jóvenes de la tribu, por la identidad de sus caracteres, por la semejanza de sus constituciones, resuelven casarse, reciben las bendiciones de sus padres, y aunque la ceremonia no se sancione ante el Kadi, como está conforme con el espíritu de las viejas tradiciones, tiene desde luego la fuerza legal necesaria en la tribu.

Los *Kanun*, con su ingenua y sabia rectitud, han previsto la incompatibilidad de caracteres, la aspereza de las relaciones matrimoniales, y reconocen á los esposos el libre derecho de separarse de cuerpos y de bienes, por su propia y exclusiva voluntad, sin que de ningún modo sea precisa la intervención de la *Yamma*.

Aunque la separación sea un acto perfectamente admitido y normal, conviene tener presente que el abuso de este derecho sería acre y rígidamente censurado.

Inspirados en el espíritu más ampliamente democrático, los berberiscos tienen como norma suprema lo que pudiéramos llamar santidad de la libertad individual.

Y conformes con este sagrado principio, conceden íntegramente á la mujer el derecho de divorciarse de su marido, cuando después del íntimo contacto ha venido fatal, desolador é irremediable el fracaso de las ilusiones matrimoniales.

Refugiada la mujer en la casa de sus padres, se procede inmediatamente á realizar los trámites necesarios para obtener el divorcio, y si el marido, con cerrada intransigencia, se niega, interviene una comisión de notables de la tribu, que solucionan el asunto, tendiendo siempre á beneficiar á la mujer, aunque sólo sea por manifestar el sentido de protección que los berberiscos conceden siempre á los débiles.

Cuando el dote ha sido reembolsado, el divorcio adquiere pleno estado de realidad, y la mujer queda capacitada para contraer nuevas nupcias.

Acerca de este dote algunos autores han hablado de un *precio de compra* y de un *precio de venta*, con errónea ligereza que debe ser rectificada.

Debe notarse que, bajo el punto de vista filológico, el verbo berberisco *ar* significa tomar, tener, apoderarse. Aunque este mismo verbo se traduce, en ocasiones, por comprar, se hace siempre en sentido figurado, y como este sentido derivado no tiene sino un mero valor acci-

dental, no debe nunca ser confundido con el sentido exacto y propio de la palabra.

En el orden social debe observarse que, según los viejos usos berberiscos, el matrimonio exige dos especies de formalidades.

En primer término, aparece la demanda que debe hacer el interesado. Aceptada por la familia de la mujer, esta demanda se repite nuevamente; pero con objeto de darle cierto carácter oficial, ha de ser acompañada con la presencia prestigiosa de algunos notables de la tribu.

Durante esta ceremonia se deciden resueltamente las condiciones del matrimonio, y mientras llega el día de la boda, el futuro, ya admitido en la familia de la novia, hace sus primeros regalos á la amada morena de los leves tatuajes azules.

Todo berberisco que se casa debe dar á la mujer un dote; es ésta una ineludible formalidad á la que ninguno se sustrae y que ha sido consagrada por tradiciones milenarias.

Si el hombre no dispusiera de los medios necesarios para llenar esta formalidad, la mujer facilita entonces la cantidad convenida, con objeto de cubrir las apariencias.

Este dote es fijado generalmente con antelación, y consiste en objetos de tocador, en alhajas y en dinero, que deben ser ofrecidos ante

los parientes é invitados á la ceremonia.

La novia recoge solamente las alhajas y los objetos de tocador, y el dinero se entrega á los padres para que puedan resarcirse de los gastos originados por la boda.

Frecuentemente no se tienen sino noticias incompletas, fragmentarias de la actuación de la mujer berberisca, y prescindiendo del medio en que vive, se la examina con un criterio lleno de estratificaciones y de prejuicios.

Por un hecho particularísimo, excepcionalmente aislado, se tiende en seguida á generalizar, y no es éste el método que en modo alguno puede convenir al historiador.

Para que un juicio sobre un pueblo, sobre una raza tenga probabilidades de exactitud es preciso que se apoye estable, fijamente sobre las instituciones y sobre los hábitos seculares de ese mismo pueblo.

Ciertamente, son tan escasos como oscuros los documentos que pueden dar clara luz acerca de la huraña vida interior berberisca; pero á falta de otros interesantes medios de análisis, existe ese denso caudal de preciosas poesías, en las que se refleja vivo, palpitante y sangriento el corazón de la raza braber.

A pesar de la férrea tenacidad que ha manifestado siempre el berberisco para permanecer enigmáticamente impenetrable, sus cantos

son, sin embargo, toda su alma fiera y desgarradora, trágica y enamorada.

En cuanto á sus teorías y á su sentimentalidad acerca del matrimonio, algunas poesías popularísimas en las tribus y escogidas al azar las revelan diáfananamente.

El matrimonio de dos jóvenes
Es la belleza más suprema.
Prolonga el encanto de la vida
Y promete siempre la felicidad.

El matrimonio, pues, es la máxima aspiración del berberisco y su cumbre de luz.

La vida exterior se reduce para las tribus á la exaltación salvajemente cruel de la batalla y al árido y monótono cultivo de la tierra. Todas las fuerzas espirituales, todo el tesoro de sueños del berberisco se refugian, por consiguiente, en el hogar y en la amada de las ajorcas de oro y de las negras miradas de fascinación.

La felicidad es como un velo que gira en torno de la mujer, y el braber cierra bajo la gracia de su sombra sus pupilas, quemadas por el sol, por la sangre y por la pólvora.

La mujer es como un bosque
Ornado de flores perfumadas.
Y cuando abre su secreto
Brilla con luz maravillosa.

Tal culto de la mujer no es inferior al de la trovadoresca galantería de nuestras cortes medievales.

En un hogar triste y sombrío.
Donde no hay armonía,
Yo aconsejo la separación
Antes que llegue el primer hijo.
La mujer que no ama
No cuida de su casa,
Y ante el huésped de Dios
Ella dice: «No hay nada».

La mujer, pues, no se ofrece como un ser inferior exclusivamente pasivo, sino que manifiesta una voluntad propia, perfectamente definida, que se revela, que exterioriza su energía, y que, en suma, constituye el alma del hogar.

Cuando la mujer está colérica
Es que el huésped no le es grato.
Ella entonces es torpe,
Y su lengua muerde como una víbora.

Otra popular poesía kabileña revela, no ya el influjo, sino el verdadero y terrible dominio, que en ocasiones ejerce la mujer.

Tengo un pobre marido
Que posee barba por equivocación.
Cuando está en casa
Lo sujeto con una cuerda
Y yo paseo por los campos.

Aunque él sea muy rico,
Jamás conocerá ni paz ni felicidad,
Pues viniendo conmigo,
La desgracia y la ruina
Habitarán en su morada.

Otra poesía descubre íntegra y admirable-
mente el concepto del berberisco acerca del
matrimonio y de la mujer.

La mujer es como la copa del centro.
Nada mejor veo para compararla.
Mucho más elevada que sus hermanos,
Sobre ella descansa toda la techumbre.
Medita, ¡oh, hombre de corazón!
Antes de tomar mujer,
Porque ella será tu honra
Y ella será tu felicidad.

CAPITULO IV

Desde el *duar*, del color adusto y salvaje de una piel de fiera, enclavado en la cumbre de una montaña ciclópea, mujeres morenas, con vestiduras centelleantes y con ajorcas de plata y oro, que fulguran al sol, bajan corriendo y gritando con agudos gritos metálicos, angustiosamente vibrantes, que desgarran como aullidos de panteras y que hieren acerbamente las almas de los combatientes.

Al pie de la montaña los guerreros, de ojos de águila y de chilabas pardas como rocas, disparan sus fusiles contra los enemigos de la tribu.

Y el sonar de las descargas y el olor de la pólvora exaltan con un ímpetu estruendoso y feroz.

Sobre los kabileños, á pleno sol devorador, están sus madres, sus mujeres, sus hermanas,

sus hijas, apretadas las unas contra las otras, como las flores de una corona, y todas ellas engalanadas trágica y soberbiamente para la batalla.

Pobres ó ricas, viejas ó jóvenes, bellas como ídolos ó secamente aniquiladas por los años y por las torturas, ellas permanecen unidas, con las manos enlazadas, las pupilas fijas y llenas de llamas, rígidamente erguidas por el terror y por el odio.

Algunas llevan en sus frentes unas placas circulares verdes y azules, ornadas de temblantes gotas de plata.

Estas son las madres del año, que han parido robustos hijos varones.

Ellas han poseído íntegramente toda la ruda potencia masculina, y su emblema es el disco del sol.

Ellas han producido como la tierra madre, y han dado, en vez de espigas de oro, una magnífica mies de hombres.

Otras más viejas, más caducas, llevan el mismo símbolo sobre el pecho.

Estas han dado á la tribu todos los guerreros de bronce que la defienden.

Los valientes, los hombres de músculos de hierro y de corazones duros como escudos de combate, han salido de sus vientres, los han tenido junto á ellas hasta que han podido ma-

nejar un arma, y después los han lanzado á la guerra como á leones.

Toda la fuerza de la tribu, de la raza, ha pasado por ellas como un aliento divino, y de ellas han descendido como ríos esas turbas rugientes de guerreros que se matan ante sus ojos.

Y ellas los excitan á la lucha, como si sus vientres fuesen inagotables.

Entre las broncas asperezas de la montaña se matan los combatientes, y las manchas de sangre brillan al sol como estofas maravillosas.

¿Huir? Nunca, porque las mujeres los despreciarían.

Hay que matar tenaz, salvaje, implacablemente, porque las mujeres quieren que mueran.

Al fin, surge un santo de la *zauia* de la comarca, y el combate cesa.

Cada tribu recoge sus muertos, los sube hasta el *duar* y los deposita á los pies de sus mujeres.

Entonces, á los fieros gritos de guerra suceden los alaridos de dolor, y las madres, las mujeres, las hijas se arañan los rostros, se desgarran los vestidos, muerden frenéticas la tierra humedecida por la sangre del muerto.

Pasará el tiempo.

Las viudas se unirán á otros hombres, las jóvenes amarán más ardientemente á sus maridos y el divino río de vida fecundará sus vientres ávidos.

Y la cosecha de hombres que las mujeres elevarán alegremente hacia el sol será más pródiga que nunca.

*
* *

En este mismo *duar* de negras tiendas cónicas, que recuerda los campamentos nómadas de Arabia, Fatma, contemplando con pupilas de ensueño el horizonte abrasado, piensa en su boda cercana.

Una angustia indefinible la muerde inquieta y misteriosamente, y tiene ansia y miedo de encontrarse sola junto á Ahmed, el ágil y fuerte mancebo de piel leonada á quien ella conoció una tarde junto á la vieja fuente que mana entre las rocas.

Llega al fin el día de la boda, y todo el *duar* vibra como un *guembri* ante el anuncio de la fiesta.

Fatma pasa la última noche en la casa de sus padres.

Al alba, cuando el sol surge lento y magnífico en el Oriente y los pájaros cantan con alegres estridencias en todas las ramas de los árboles, Fatma, ayudada por las manos temblorosas de su madre, comienza á vestirse el traje de boda.

No hablan, pero sus ojos tienen una elocuencia silenciosa y desgarradora.

Después Fatma, toda resplandeciente, con sus joyas bárbaras y suntuosas, con sus ojos que tienen centelleos de oro y de esmeralda, con su kaftan de tisú que brilla como una mágica constelación de rubíes, de topacios, de turquesas, se deja admirar por todas las mujeres de la tribu.

Desde la víspera la casa de sus padres resuena con las bendiciones clamorosas, con los agudos gritos de salutación.

Y la alegría florece ingenua y pura en todos los corazones de la tribu.

Fatma, un poco pensativa, se sienta sobre un tapiz del Sus, que semeja una salvaje y deslumbradora piel de tigre.

Junto á ella hay una extraña nube de *jaiķ* blancos, de vestiduras rojas, como ensangrentadas, con franjas de oro, de pañuelos de seda, de ondeantes velos de gasa.

Ella tiene sobre la masa negra y crepitante de sus cabellos la diadema de su madre, que parece la corona de una primitiva reina misteriosa.

Soberbios collares le rodean el cuello y descienden hasta su pecho con luminosas ondulaciones. Anchas ajorcas de plata y de oro ciñen sus tobillos y sus brazos.

La estancia de Fatma aparece iluminada por tres bujías, que arden en altos candeleros de cobre.

Danzan las sombras sobre las paredes con temblores quiméricos.

Y en los rincones tienen palpitaciones misteriosas, prolongaciones aterradoras.

Furtivamente, Fatma saca de entre sus vestiduras un breve espejito y contempla extática su diadema fulgurante, sus ojos, que tienen un brillar fascinador y desconocido.

Luego, tímidamente, mira su alcoba.

Luce el suelo como si fuese de cristal, y en el centro hay un tapiz de Rabat que parece hecho con flores y con sangre.

En la pared relucen gumías de plata con la empuñadura de asta de búfalo, fusiles espejeantes, las armas que aman con infinito amor los mogarbíes.

En un extremo de la estancia está el alto cofre familiar, pintado con sutiles arabescos de esmalte, y en el otro surge, inquietante y perturbadora, la cama, que semeja la urna de un santo, cubierta de velos, de sedas, con rápidas lumbraradas de oro.

De pronto, un estremecimiento embriagador agita en una vasta onda el cuerpo de Fatma.

La puerta se ha abierto y Ahmed entra.

Se detiene inmovilizado su corazón de vir-

gen, y desfallece con una dulce angustia indecible.

Al cerrarse otra vez la puerta, el rumor de la fiesta se apaga, como algo muy lejano que se desvaneciera en la noche.



El sol de la mañana hiere los muros de un color de bronce viejo.

Gorjean las golondrinas en lo alto de las vigas.

Hay en la luz, en el aire, una suave frescura consoladora.

Fuera se escucha el cálido y tierno balido de las cabras.

Fatma ya no tiene su alta diadema de reina antigua.

Su cinturón de seda, con bordados de oro, semeja en un rincón una serpiente que se desenrosca.

Ahmed está ya de pie, vestido con su chilaba parda, con borlitas verdes, amarillas, azules, y con su turbante terroso, que comunica una expresión más fiera á su rostro aguileño.

Fatma despierta y, alargando sus brazos de

ámbar, mira sonriente á su marido, que ya no le produce miedo.

Ahmed se sienta junto á ella, y ambos permanecen unos instantes en un dulce silencio.

Luego Fatma, inclinándose hacia el hombre, suave y felina, le hace la eterna pregunta de todas las razas:

—¿Me amarás siempre, Ahmed?

—Siempre, Fatma. Te amé ya cuando eras una niña y te vi por primera vez. ¿Te acuerdas?

—Sí, Ahmed, recuerdo que fué en el camino de la fuente, junto á la huerta de Sid-Abd-el-Kader. Cuando tú me miraste tuve miedo, y después siempre que te veía lloraba, sin saber por qué. Un día, cerca de la *Yamma*, rocé sin querer el paño de tu chilaba y tuve una angustia horrible. El Destino lo ve y lo sabe todo. El nos ha creado al uno para el otro, y yo no hubiera podido ser de nadie sino tuya.

Ahmed parte al fin para el *Suk-el-Arba*.

Fatma queda sola. Saca de entre sus vestiduras el diminuto espejito y torna á mirarse ansiosamente.

Su cara está pálida, y en torno de sus ojos hay una profunda sombra azul; pero sus pupilas brillan más que nunca, con un fulgor inusitado que tiene resplandores de hechicería.

Y Fatma sonríe, con una sonrisa en la que

se abre toda su alma al espectro invisible de la felicidad.

*
* *

Un año después, Fatma está tendida sobre el tapiz florido que parece pintado con sangre.

Su rostro parece el de una muerta, y su cabeza descansa inmóvil sobre altos cojines blancos.

Mujeres morenas, con ardorosas vestiduras de colores violentos, rodean á Fatma.

Como en el día de la boda, la pólvora llamea en el patio, hiriendo salvajemente los aires.

En un extremo de la estancia el hermano de Ahmed levanta alegremente á un niño de color de oro.

Fatma desde el lecho sonríe á su hijo, y jamás sus ojos han tenido una luz tan milagrosa, un tan maravilloso reflejo del alma, una tal transparencia celestial.

Los disparos se suceden bruscos y cortantes, y la alegría tumultuosa de la tribu vibra en gritos y en aullidos.

Fatma se levanta del lecho con torpe incoherencia y dice á las mujeres :

—Ayudadme á vestirme y á sostenerme de pie; quiero enseñarles á mi hijo.

Ya vestida, con un kaftan de púrpura y oro,

coge á su hijo entre sus brazos y avanza, amparada por las otras mujeres, hacia la puerta, abierta sobre el *duar*, sobre el cielo azul y sobre las lejanas montañas gigantescas.

En su frente luce la placa circular, que simboliza el disco del sol.

Fatma está radiantemente bella, con esa belleza divinizada que hace callar religiosamente á las multitudes.

Hay un silencio supremo en el *duar*.

Un millar de inmóviles rostros de cobre están fijos en ella.

—¡Salud, madre de Mujammed!—ha gritado Ahmed entre la multitud.

Suena una vasta descarga, y entre el humo azul de la pólvora, que se eleva hacia el sol, Fatma levanta á su hijo hacia ese mismo sol, divino padre de todas las misteriosas razas africanas.

CAPITULO V

Muchas y aun contradictorias son las opiniones de los etnógrafos respecto á los orígenes de la misteriosa población berberisca.

Algunos autores, de los muy escasos consagrados á este estudio de tan fundamental interés, indican que los *amazirg* son los purísimos descendientes de los más remotos pobladores, no solamente de la extensión llamada Imperio Cherifiano, sino también de todo el resto septentrional africano, desde las márgenes del Nilo hasta el Atlántico.

En las antiguas geografías se les llama gétulos y melanagétulos, y en las obras helénicas y latinas, aunque con varia ortografía, se les denomina *Mezyes*, *Mazich* y *Mazisgi*.

De este tronco partieron todas las ramas distribuídas por la Mauritania, por la Numidia y por la Libia.

Con el nombre de *ķabilas* ó *ķebail* y *moza-vos* en Argel, de *zuavos* en Túnez, de *ademos* en Trípoli, de *tuareg* en el desierto, de *amazirg* y de *chelloķ* en los estados de los Chorfas, son siempre las mismas partes del vasto conjunto berberisco.

Los *amazirg* radican principalmente al oriente de la parte septentrional del Atlas, comprendiendo la zona de Er-Rifi hasta la región del Tedla.

Los *chelloķ* parten de las proximidades de Mequinez y, dominando la falda occidental de las montañas, abarcan las llanuras de Umer-rebia y del Tensif hasta los límites del Océano.

En la cordillera y en las regiones de Taflet, Sigilmesa y en los arenales del Biled-el-Gerid y el Harat existen numerosísimas tribus de origen *amazirg*, entre las cuales tuvieron grandísimo relieve los *Filalis*, los *Zenetas*, los *Sanjias*, los *Ait-Agariz*.

Junto al azul Mediterráneo, y hacia el Septentrión, mantienen su primitiva fuerza indestructible aquellas tribus históricas de los *Gomeres*, *Masmudas*, *Hovaras*, *Zenegas*, que tuvieron en la España musulmana tan bizarro prestigio.

Dícese que la palabra *braber* es absolutamente exótica en la antigua constitución afri-

cana, y que, en cambio, *amazirg* significa ilustre, noble, libre, algo equivalente á la voz teutónica *frank* y á la rusa *slaw*.

Los *amazirg*, casi en su totalidad, han mantenido siempre con el Emperador relaciones tan inestables como artificiosas.

Bajo la autoridad de sus *arnrgari* y de sus *jeques* han vivido en campamentos nómadas, en *duares* de una noche, ó refugiados como los trogloditas en las cavernas inaccesibles de sus montañas.

Y de este modo han podido sostener su salvaje y tradicional independencia, sin reconocer de la autoridad imperial mas que el religioso prestigio cherifiano.

Los *chellok*, más industriosos y más sedentarios, cultivan preferentemente la agricultura y poseen casas (*tigmin*), aldeas (*tedvere*), ciudades (*murt*), que comunican á su vitalidad una organización más fija, más accesible y más ciudadana.

Otros autores, al plantear la cuestión de los orígenes berberiscos, se han detenido muy singularmente en el examen de si esta raza es autóctona ó, en el caso contrario, de qué pueblos fueron sus antecedentes.

Curiosas y milenarias tradiciones conceden á los berberiscos un origen determinadamente oriental.

Ben Kjaldun dice que el ilustre genealogista Abu-Yezid indicaba que los *Zenatas* eran descendientes de Canaan, expulsados de la Palestina por los israelitas, y que el nombre de *amazirg*, en plural *imacirem*, proviene de Macir, hijo de Canaán.

Otros autores añaden que los berberiscos tuvieron íntimas relaciones de afinidad con los pueblos de la Media y de la Persia.

Parece indudable que la raza berberisca es de un lejano origen asiático, y debe tenerse muy en cuenta que en algunas cuevas troglodíticas argelinas han aparecido cráneos de aspecto mongoloide y negroide, semejantes á los de aquellas razas que habitaron la Europa en tiempos fabulosos.

Salustio, al hablar de los berberiscos, ha dicho que los gétulot y los libicos eran unas gentes salvajes que caminaban siempre errantes, sin leyes y sin normas, deteniéndose con preferencia en las cimas gigantescas de sus montañas.

Inscripciones egipcias de remotísima antigüedad se refieren á una extraña raza, distinta á la del país de Mizrain, que tenía el nombre de *tameju*.

Es de notar que, según las aludidas inscripciones, esta raza ofrecía caracteres muy semejantes á la de los *tamacheķ* ó berberiscos *tua-reg* del Sahara.

Cuando las colonias fenicias, y principalmente la remota y magnífica Cartago, iniciaron con nutrido y admirable impulso la completa transformación del huraño y cerrado norte africano, los berberiscos ó húmedas aparecían con el carácter de tributarios de la República.

Daban á la metrópoli soberbias legiones de soldados, y á cambio de este importantísimo servicio permanecían en la más completa libertad.

El dominio que la augusta Roma imperial ejerció en Africa fué más profundo, más extenso y, sobre todo, más duro. Establecióse un contacto vivo, cálido y constante entre la población conquistadora y la población berberisca, y no sólo llegaron á fusionarse ambas razas, sino que la vasta civilización latina tuvo una raigambre tan honda en la tierra braber, que, á no haberlo entorpecido la bárbara invasión vandálica, Africa hubiera sido la espléndida prolongación de la Roma de los Césares.

El berberisco, estacionado actualmente, conserva, con persistente tenacidad, su rocosa condición antigua. No ha podido ser íntegramente asimilado por los árabes, y participa de la ley del Islam, con numerosísimas restricciones, y aun aportando á la pura doctrina del Profeta el extraño caudal de sus supersticiones.

Los berberiscos tienen el aspecto nómada ó el sedentario, no por especiales modalidades de la raza, sino por el ineludible imperativo de la calidad de las tierras que habitan. Cuando éstas son fértiles y accesibles al cultivo, se consagran á la agricultura y á todas sus rudimentarias industrias derivadas, y cuando éstas pertenecen á las zonas desérticas ó pétreas de la montaña, obligadamente ejercen el nomadismo y el pastoreo.

Ya hemos indicado que las instituciones berberiscas se fundamentan en el espíritu más pleno y amplio de libertad.

El pueblo está regido por el *anfaliz*, una simple asamblea ó concejo en el que todos los varones tienen voto y á todos se les reconoce una personalidad perfectamente igual y definida.

Claro es que en las sesiones que celebra esta especie de organismo municipal no siempre reina el acuerdo más armónico; pero, en general, la voz y la sabia experiencia de los ancianos se imponen con categórica autoridad.

A más de los *amazirg* y de los *chellok*, que constituyen los dos núcleos esenciales del tronco berberisco, existe otra rama más débil y más ignorada, que se llama *hartani*, y que está formada también por berberiscos de color negro, confinados en el Sahara.

CAPITULO VI

El idioma madre berberisco pertenece, indudablemente, al decir de algunos técnicos doctísimos, tales como Reparz, al conjunto de las lenguas cuchitas ó camíticas, del cual fueron también parte muy esencial el idioma egipcio, el gala, el hausa, el somali y algunos otros africanos protosemíticos.

Este berberisco, hablado en toda la extensión del Atlas, no ha dejado sino fragmentarios y misteriosos restos de sus formas antiguas en algunas inscripciones líbico-púnicas, tales como las famosas de Tugga, que apenas han sido descifradas en nuestro tiempo.

Las ramas dialectales del berberisco son numerosísimas, aunque todas conservan una fácil y clarísima relación de identidad.

En Argelia han sido investigados profundamente por ilustres filólogos el *zaua*, el dialecto

de los *Beni-Menaser*, que es una forma característica del *chellok* en el sur oranés; el del *Mzab*, los *Beni-Iraten*, el *zenata* de Quad-Rir, etcétera.

Aunque más difusos, también se hablan al sur del Sahara, en el Senegal, en Sergú, en Tombuctu algunos dialectos berberiscos, y en el Sahara mismo se conocen el *ajaggar* y el *azger*.

En el Imperio Cherifiano los dialectos berberiscos se reducen á tres: el rifeño, el susi y el braber.

El rifeño se habla en toda la extensa región de Er-Rifi, desde Alhucemas hasta la Argelia; el susi, en las cercanías del Océano, desde Mogador al Draa, y el braber, en las titánicas montañas del Atlas y en el Mogreb central.

En el Sahara se denomina la vieja lengua berberisca *tamachek*, y en el Rif, *tamacigh*. Ambas significaciones se refieren, desde luego, al *amazirg*.

Existen, naturalmente, marcadas diferencias entre las contexturas de estos dialectos, nacidas de las inevitables y poderosas influencias de ambiente y de haber sido más ó menos sometidas á la acción arabizadora de los conquistadores.

Estas diferencias consisten en la diversidad de voces, en que algunos dialectos tienen más

vocales que otros, y en que suelen tener distinto valor fonético algunas letras del alfabeto.

Basset, en su *Manual de la Lengua kabila*, ha clasificado los dialectos berberiscos del siguiente modo: fuertes, los *tuareg* del norte, el *zaua*, el *chellok*, el *Iua*, el *Ksur*, el *Beni-Snasen*; suaves, los *tuareg* de *Aulimmiden* y el *Zenaga*; intermedios, el *rifeño*, el *zenatia*, el del *Guad-Rir* y el del *Mzab*.

Ya hemos dicho que el berberisco no es propiamente una lengua escrita, excepción hecha del *tamachek*.

El alfabeto de este derivado del berberisco procede del antiguo líbico, y, por consiguiente, del fenicio.

Las demás ramas berberiscas, en las muy raras y contadas ocasiones en que se encuentran obligadas á dar permanencia y fijeza á determinadas disposiciones ó á sus relaciones con el *Majzen*, acuden siempre á la escritura árabe.

CAPITULO VII

Aunque los conquistadores elementos árabigos, primitivos y descendientes de los expulsados de España, hayan dominado lo que pudiéramos llamar superficie externa del Mogreb, en realidad precisa y concluyente, la vasta entraña del país es berberisca, y en muy aisladas ocasiones ha llegado á fundirse y á desvanecerse en la población arabizada.

En situaciones claras y normales, una parte de ese áspero y abrupto Rif ha reconocido de momento la autoridad del Sultán; pero en cuanto especiales circunstancias han encrespado el alma de estas razas, los rifeños han recobrado su fiera independencia, y encerrados en sus tribus, semejantes á guaridas de chacales, se han mantenido hoscamente impenetrables.

Alguna vez habrán acatado estas tribus al

Sultán, más que por su autoridad imperial, por su prestigio de Cherif, de descendiente del Profeta; pero jamás se han sometido al Majzen, representación política del gobierno del Emperador.

Las tribus rifeñas escogen por sí mismas sus *kiad*, y muchas de ellas no transigen ni aun con esta débil fórmula de sumisión, y, á semejanza de los *Gsennania*, no aceptan más gobierno que sus clásicos y arcaicos *anfaliz*.

Cada tribu se divide en varias fracciones, *rboa*, formadas por diversos poblados, y cada poblado se subdivide en *sof*, dirigidos por sus asambleas.

Dada la modalidad acerba y guerrera de esta raza, su característica, viva y esencial, es el fanatismo, no por ortodoxia, por adaptación íntegra al credo del Islam, sino por su espiritualidad inferior, por limitada rigidez mental.

El rifeño no tiene sino un informe conocimiento tumultuario del libro de Dios, apenas si recita algunos versículos del Korán y apenas practica los ritos de la ley; pero, no obstante, su sentimentalidad religiosa, plagada de obscuras supersticiones, es implacablemente fanática, con una adusta violencia, sin atenuaciones y sin matices.

Todo *duar* rifeño tiene, inevitablemente, su *santo*. Unos, de más preclaro prestigio, poseen

kubas de alguna gracia arquitectónica, y otros, de esplendor más opaco, están sepultados en escuetas tumbas, *mzara*.

El creyente debe arrojar siempre al paso una piedra á la *jauita* cercana á la sepultura, y besar la puerta ó la piedra, invocando la gloriosa memoria del santo.

En todo el Rif, las cofradías de los *Derkaua* y *Taibia* tienen inmensas legiones de afiliados, y aunque el alma de estas asociaciones es el más puro monoteísmo, en la raza rifeña se perpetúan, sin embargo, las fabulosas creencias de las épocas anteriores al Islam.

Los *yebalas*, por el contrario, aunque de la misma estirpe berberisca, son de intelectualidad más sutil, de traza moral más armoniosa y de más ágiles cualidades de adaptación. En general, son fieles y comprensivos musulmanes y cuentan siempre con numerosos *tolbas*, que han hecho sus estudios koránicos en las más sabias ciudades del Imperio.

Siguiendo á Reparz en sus documentados estudios, podemos decir que en las tribus berberiscas se encuentran las arterias vitales del Imperio.

Entre éstas aparece en primer término la de Guelaia, que es á manera de una vasta confederación situada en el cabo de Tres Forcas.

Esta zona está formada por ricas mesetas

fértiles, que tienen, como las del Garet y El-Feida, una gran productividad agrícola.

En las regiones de *Beni-bu-Ifrur*, *Inzula* y *Uksán* existen grandes cantidades de minas que adquirirán en lo futuro brillantísimo desenvolvimiento.

Los *Alajta*, los *Beni-bu-Mujammed* y los *Aht-el-Bada* tienen un comercio denso y periódico con Fez y son como intermediarios de las relaciones entre el Mogreb y la Argelia.

Los *Guelaia* se singularizan por su valerosa acometividad y por su legendario brío guerrero.

Las cinco principales fracciones en que se divide son las de *Mazuza*, *Beni-bu-Gafer*, *Beni-Sicar*, *Beni-Sisel* y *Beni-bu-Ifrur*, con su correspondiente caid acompañado de un *amin*.

Mazuza, que se extiende desde el *Yebel-Tazuda* hasta *Tanagmaret* y la *sebja* de *Bu-Arej*, y al Sur por la planicie de *El-Feida*, es una región fecunda, de gran potencialidad agrícola, hoy inactiva y detenida.

Celebra los populares mercados de *Suk-el-Tenin* y *Suk-el-Yemaa*, en los que se cambian productos rifeños por mercaderías europeas y de las ciudades del Mogreb, y en donde al mismo tiempo las diversas representaciones de las tribus cambian sus impresiones y celebran sus acuerdos.

Mazuza se subdivide, á su vez, en los poblados de *Frajana*, *Beni-Nsar*, *Msamir*, *Ajl-Nador* y *Berraga*.

Beni-Sicar, de importancia mucho más reducida, aunque posee abundantes huertas bien surtidas de agua, no cuenta sino con un solo mercado, el *Suk-el-Had*, que se verifica en tierras de los Beni-Armarén.

Integran su conjunto los poblados de *Abduna*, *Berdiuan*, *Beni-Atjman* y *Beni-bu-Armarén*.

Beni-bu-Gafer, situada entre el *Kert* y el *Guad-Ikezazen*, posee algunas radas excelentes, como las de *Azanen* y *Samer*; su vitalidad no es muy robusta, y posee los poblados de *Ajl-Samer*, *Mejaitin*, *Azanene*, *Chemlala* y *Ulad-Amar*.

Beni-Sidel es, sin duda alguna, la fracción más rica y densa de esta tribu, y cuenta con poderosísimos elementos de fuerza y de energía.

Sus florecientes poblados, en perspectiva curiosísima, van escalonándose desde la orilla derecha del *Kert* hasta el *Yebel-Uksan*.

Aunque solamente tiene el mercado de *Suk-el-Arba*, esta zona es considerablemente rica, porque á su agricultura, intensamente desarrollada, une una copiosísima riqueza en ganadería. Posee los extensos poblados de *Beni Daguel*, *Ajt-el-Tlet*, *Adoicia*, *Beni-Feklan*, *Ulad-*

Yacin, Iauua, Ulad-Ranon, El-Atiamen, El-Rudia y Ulad-Amar.

Beni-bu-Ifrur, de brillante porvenir minero, cuenta con los poblados de *Zerenrane, Inzula, Ajl-an-Uksan y Alajta.*

Según los datos del ilustre explorador *Segonzac*, la fuerte y musculosa tribu de *Guelaia* dispone, realmente, de un enorme número de combatientes perfectamente armados y con la clásica y prodigiosa bravura de la raza berberisca.

La tribu de *Quebdana*, también de constitución totalmente braber, no solamente ha conservado sus viejos hábitos, sino que, en vez de arabizarse, como la mayor parte de las tribus del Imperio, aunque este arabismo sea superficial y aparente, ha berberizado, en cambio, todos los nombres, que forzosamente ha tenido que recibir de la lengua dominadora.

Situada esta tribu entre el mar, la llanura de *Bu-Arej* y el curso del *Muluya*, se extiende por una elevada zona montañesa, de abruptas y escarpadas asperezas.

Muy nutrida, aunque muy fraccionada, posee los poblados de *Tinedburin, Tazarin, Ulad-Amar, El Bordj-Amar, Baju-Amu, Tmadjet, Tinnelal, El-Brakna, Ulad-Taleb, Uddsen-bu-Dik, Bu-Grib, El-Adara, Besri y Ulad-Iklef*, en la zona norte; *El-Jamman, Rlil-Amran y Tal-*

frit, en la zona meridional, y *Jassi-Labrur*, *Tamit*, *Atkriru* y *Zejanin*, en las vertientes del Muluya.

Siendo una de las más poderosas tribus rifeñas, dispone de un vasto número de combatientes, perfectamente adiestrados para la guerra.

La tribu de *Beni-Said*, enclavada entre el *Kert* y el *Guad-el-Majden*, tiene grandes desigualdades en la calidad de sus tierras, y juntamente con zonas de una exuberante vegetación tiene desoladas manchas estériles y como desérticas.

Celebra el mercado de *Beni-Abdain*, y cuenta con una venerada *zauia* de la orden de *Sid-Mujammed-bu-Zian*.

Se reparte entre las fracciones de *Medyana*, *Ajl-Chuket*, *Zauma*, *Beni-Abdain* y *Beni-Tomait*.

La tribu de los *Beni-Ulichek*, puramente berberisca, se encuentra en la región que se tiene desde el *Guad-el-Majden* al *Guad-bu-Azun*, y ocupa la región más seca y árida del Rif.

Comprende las fracciones de *Ajl-Azeru*, *Ulad-Abd-es-Selam*, *Ulad-Ikelef* y *Ajl-Tizi-Abadin*.

La tribu de los *Beni-Tensaman*, también berberisca, está situada entre el *Guad-bu-Azun* y el *Guad-Nakor*.

El territorio de esta tribu es extraordinariamente quebrado y bravío y sus pobladores se caracterizan como esforzados agricultores.

Posee las fracciones de *Ait-Tmarni*, *Beni-Taban*, *Beni-Idian*, *Ajl-Tragut* y *Amzanru*.

Los *Beni-Uriaguel*, igualmente berberiscos, dominan el territorio comprendido entre *Beni-Tansaman* y *Azemuran*. Esta tribu, vecina de nuestro Peñón de Alhucemas, es, hoy por hoy, la más misteriosa y la más inaccesible del Rif.

La tribu de *Gsennaia* tiene un excelente valor estratégico, por hallarse situada en el término central del camino que conduce al Rif desde Fez y la cuenca del Sebú.

Las mujeres de esta tribu, famosas en toda la extensión rifeña, poseen el mismo brío, el mismo ímpetu guerrero que los hombres; cabalgan magníficamente, como soberbias amazonas, y tienen una personalidad tan vigorosa y definida, que ejercen una altísima influencia en las asambleas de la tribu.

Gsennaia cuenta con las fracciones de *Chauia*, *Beni-Yumes*, *Beni-Mjamed* y *Beni-Hassen*, reuniendo en conjunto un considerable número de combatientes.

Las tribus de *Beni-bu-Yaji* y *Beni-Tuzin*, de la más ruda traza berberisca, ocupan admirables parajes, en los que abundan pródigamente los olivos. Esta última tribu posee la santa

zauia de Sidi-Ali-bu-Rekba, prestigiosísima en todo el Rif.

Las tribus de *Beni-Mezdul* y *Beni-bu-Fra*, la primera junto al *Guad-Uerera* y la segunda entre *Beni-Gmil* é *Itef*, se encuentran en una región desnuda y pobre, devorada por el sol, y no tienen sino un valor escasísimo.

La tribu de *Bucoia*, que limita con las de *Beni-Uriaguel* y *Beni-Itef*, cuenta con las fracciones de *Izammuren*, *Azaḡran*, *Maia* y *Ta-guidit*.

Dispone de un núcleo no reducido de hombres de guerra y de un notable contingente de caballería.

La tribu de *Mtiua*, situada en la zona marítima, se encuentra junto á la de *Rmara*, que avanza en la Yebala.

Las de *Tafersit*, *Targuist* y *Beni-Sedat* no han sido suficientemente exploradas, y las noticias que de ellas se tienen son bastante confusas y contradictorias.

La tribu de *Rmara*, situada entre las de *Mtiua-el-Bajr* y *Chechauen*, es desde luego, por la enorme extensión que ocupa, una de las de importancia más fundamental del Imperio.

El Bekri le señalaba como límite occidental la región de *Derega*, y el Idrissi indicaba en sus estudios históricos al puerto de *Ancelán*, como el más occidental de esta tribu.

Sábese que los fuertes y poderosísimos *Rmaras* fueron quizá los aliados más fervientes y leales de los Almohades y que constituyeron sus tropas más duras y escogidas.

Más tarde contribuyeron, también muy bizarramente, al sostenimiento y esplendor de los Beni-Merines; pero después, en el tiempo de la dominación Saadia, declaráronse en abierta rebeldía, y, capitaneados por el Jadch Karakuch, que se tituló Emir-el-Mumenim, ó príncipe de los Creyentes, mantuvieron una larga y enconada guerra.

Nuevamente en lucha, dirigidos por el fanático Arbi-Abusukur-el-Kamsi, obligaron al Sultán Si-Mujammed-ben-Abdallah-ben-Ismail á combatir en persona, al frente de un numeroso ejército, á los rebeldes, y muerto el santo berberisco que exaltaba á la tribu, el Sultán, para humillarlos, los agregó á Chechauen.

Toda esta zona es considerada como una de las más impenetrables del Imperio, y quizá como la dotada de una fiereza más salvaje.

En el orden religioso, esta tribu pertenece á la cofradía de los *Ulad-Abd-es-Selam-ben-Meschid*, y solamente una de sus fracciones, los *Beni-bu-Zerane*, están afiliados á la orden de *Sid-Ahmed-el-Filali*.

Los *Beni-Said*, situados entre *Beni-Madán*

y *Rmara*, se han ido formando por sucesivas emigraciones rifeñas.

Este territorio es de una varia y fecunda actividad agrícola y se divide en las fracciones de *Beni-Mezreg*, *Cheruta-el-Uta* y el *Msa*.

Esta tribu forma parte de lo que pudiéramos llamar feudo del prestigioso *Cherif-el-Raisuli*, que, pese á ligeras opiniones arbitrarias, es, sin duda, uno de los próceres de más ilustre significación en el *Mogreb*.

La tribu de *Beni-Madán*, circundada por las titánicas montañas de *Beni-Hassan*, no posee ni por su extensión ni por su riqueza un valor verdaderamente estimable.

La tribu de *Beni-Msauer*, dividida en las fracciones de *Beni-Harchén*, *El-Aleg* y *Ait-Sefi*, que ocupa abruptos parajes quebradísimos, tiene un evidente valor estratégico, por su posición junto al *fondak* entre Tánger y Tetuán.

La tribu de *Yebel-el-Habib*, situada al extremo noroeste de la titánica montaña *Yebel-Alam*, se divide en las fracciones de *Dchar-Ajrij*, *Merdj-Ajmar*, *El-Jarrub*, *Habata* y *Dar-el-Felak*.

Enclavada en la altura, domina el camino que conduce desde Tetuán á Fez.

Esta tribu se singulariza porque suministra un vasto número de *tolbas*, que hacen en Fez, en la antigua y famosa Universidad de Ka-

rauin, sus secularizados estudios teológicos.

Cuenta con una veneradísima *zauia* de la orden Derkaua, y esta tribu puede considerarse como el viejo solar ilustre de las estirpes cherifianas de los *Beni-Arus* y de los *Ulad-el-Bekkal*.

Las tribus de *Bdaua*, *Beni-Gurfet*, *Aj-el-Che-rif*, *Uazan* y *Setta* aparecen en la actualidad profundamente arabizadas, y no ofrecen, por consiguiente, un especial interés en estas notas.

La tribu de *Beni-Msara*, comprendiendo las fracciones de *Bu-Garra*, *Beni-Guis*, *Beni-Yammal*, *E-Hadyera*, *Beni-Raus*, *Mtiua* y *Beni-Kerla*, presenta un fortísimo núcleo guerrero, y por su índole bravía, de muy antiguo indomable, es una de las venas más robustas de la raza berberisca *yebli*.

La tribu de *Beni-Mezyilda*, con sus fracciones de *Dar-el-Guad*, *Omana* y *El-Argub*, aunque cuenta con un número no escaso de letrados *tolbas*, que necesariamente han difundido entre los elementos kabileños rudimentarios albores de cultura, no ha perdido su pujanza guerrera y permanece siempre dispuesta á la guerra contra todas las dominaciones.

La tribu de *Fichtala*, colocada en la cuenca del *Uerera*, bajo las sagradas montañas de *Muley-bu-Cheta* y *Sidi-Mergo*, aunque posee una no despreciable importancia en el orden gue-

rrero, tiene su significación más acentuada en el orden religioso, pues á su *zauia* afluyen en peregrinación constante *tolbas* y, en general, musulmanes de todo el norte africano.

Las tribus de *Slés* y *Hiaina*, ó son enteramente de origen arábigo, ó se han arabizado hasta el punto de perder totalmente su abolengo berberisco.

La tribu de *Tsul*, que tiene las dos fases, nómada y sedentaria, en ocasiones ha aparecido como adicta y sometida al *Majzen*, y en ocasiones se ha mostrado acerbamente independiente, según la índole de sus relaciones con la corte imperial.

Esta tribu se divide en las fracciones siguientes: los *Ulad-Cherif*, con las agrupaciones de *Beni-Umer*, *Ulad-Zeber* y *Beni-Medul*; los *Legraua*, con los *Beni-Frasen* y los *Tamdert*; los *Enguch*, con los *Bab-el-Jeracha* y los *Jandok*, y los *Beni-Abdala*, con los *Ulad-Musa* y los *Beni-Megura*.

Acerca de las tribus de los *Ulad-Bekkar* y los *Ktama*, las noticias que se poseen son tan ligeras como inciertas.

La tribu de los *Beni-Ahmed*, situada en parajes de la más horrible y alucinadora desolación, avanza hondamente por las agrias y rudas asperezas rifeñas.

Estas gentes se caracterizan por ser cerrada-

mente inaccesibles á toda influencia, incluso á las que proceden de la ley islámica.

Las tribus de *Mernisa* y de *Senhadya-es-Raer* tienen una modalidad muy semejante á la de los *Beni-Ahmed*, aunque en el orden religioso reconocen muy sumisamente la influencia de Sidi-Ali-ben-Daud.

La tribu de *Branés*, una de las ramas más ilustres de la raza berberisca, pertenece, por una rara y curiosa excepción en el Imperio Cherifiano, á la cofradía de Sidi-Ahmed-ben-Zerruk, el santo fundador de la orden Zerrukia en Trípoli.

Esta tribu, de origen indudablemente tripolitano, aunque no haya llegado á arabizarse, ha adoptado los caracteres de las demás tribus mogarbíes.

Disponiendo de una gran extensión, se divide en varias fracciones, que, á su vez, forman diferentes núcleos.

Los *Ulad-Yeru* se subdividen en las agrupaciones de *El-Helha*, *Traiba* y *Beni-Fetan*; los *Ulad-Aissa*, en las de *Ulad-Abu*, *Tribagea* y *Ajl-Tenasset*; los *Fezarera*, en las de *El-Krakra*, *El-Rderbin* y *Laamarna*; los *Ulad-bu-Sadu*, en las de *Beni-Bujammed*, *Lakta* y *Ajl-bu-Helil*, y los *Beni-Urariel*, en las de *Chegar-na*, *Ajl-Tenán* y *El-Fraina*.

Ben-Kjaldun ha estudiado muy detenida y

muy brillantemente á esta tribu, de la cual partieron con bizarro impulso los *Azayas*, los *Masmudas*, los *Ayic-Ketama*, los *Sendjaya*, los *Heskura* y los *Guezula*.

La tribu de *Guad-Ras*, por su viejo arabizamiento y por su adaptación majzeniana, no presenta ninguno de los bravos perfiles berberiscos.

Los *Beni-Josmar*, instalados en las laderas de las montañas, se fragmentan en las fracciones de *Beni-Retel*, *Ajl-Lela*, *Kormek*, *Mekdesen*, *Derral*, *Beni-Hirem*, *Zinet* y *Amtil*.

La montañesa tribu de *Beni-Hassán*, una de las más fieras del norte africano, ha perpetuado, juntamente con sus antiguos hábitos tradicionales, el puro idioma berberisco.

Esta tribu, que posee dos *jeques*, uno para la llanura, llamado *sefelin*, y otro para la montaña, llamado *fumakin*, se divide en las fracciones de *El-Jums*, *Cheruta*, *Beni-Ilit* y *Beni-Musa*.

La tribu de *Lejmes*, situada en la zona sudeste del *Yebel-Alam*, ha conservado igualmente su primitiva condición berberisca, y aunque sus pobladores, por su calidad de *tolbas* de *Sidi-Abd-es-Selam-ben-Meschid*, poseen una cultura inusitada, y hasta cuentan con muy célebres *ulamas*, son siempre los hoscos guerreros de la indomable raza braber.

La tribu de *Beni-Ahmed-es-Zerruk*, enclavada en un lugar paradisíaco poblado de frondosas huertas y de gentiles jardines, es también de los más puros antecedentes berberiscos.

La tribu de *Beni-Zerual*, la más nutrida de la tierra de Yebala por su densísima población, es también berberisca, y conserva algunos curiosos restos de las antiguas instituciones de su raza.

Se divide en las fracciones de *Beni-Brajim*, *Ain-Berda*, *Beni-Jadum*, *Beni-Mekka*, *Beni-bu-Majam* y *Ulad-Kassem*.

Las tribus de *Beni-Uandyel*, *Fenassa*, *Beni-Ulid*, *Meziath*, *Rerriua*, *Sendjaya-es-Redu* y *Beni-bu-Chibet*, todas ellas berberiscas, á más de que no parecen presentar un relieve considerable, no han sido lo bastante exploradas para tener de ellas una visión exacta.

La tribu de *Beni-Arús*, una de las más fértiles y ricas de esta zona, está integrada por los Chorfas, descendientes de Sid-Abd-es-Selamben-Meschid, el venerado santo de la Yebala; por los Sumata, agregados á los Chorfas, y por los Omiin, siervos consagrados al cultivo de la tierra.

La tribu se fracciona en los grupos de *El-Kejama*, *Ulad-Abd-Julajad* y *Teidiin*.

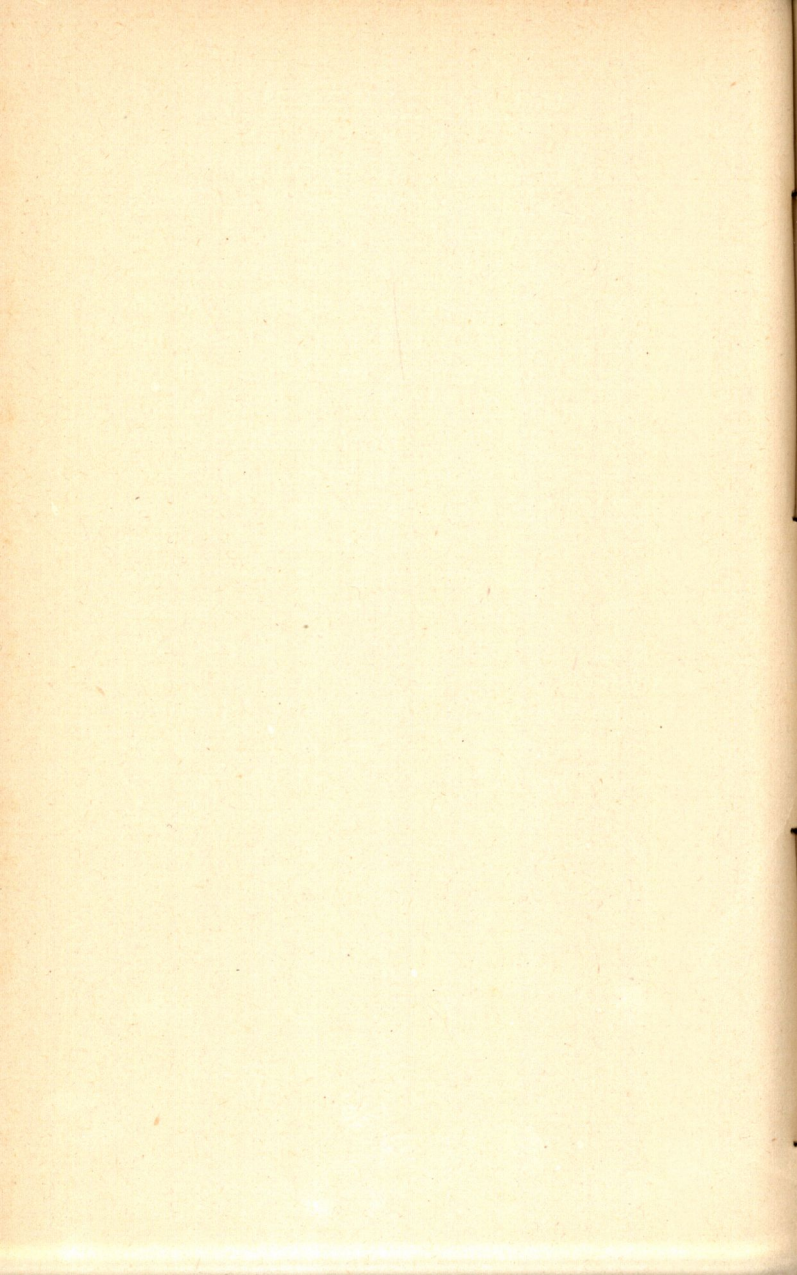
La escabrosa tribu de *Beni-Ider*, enclavada en

una zona de espeso y misterioso bosque, se divide en las fracciones de *Ez-Zituma*, *Zauia-el-Ansar*, *Tlaza-Beni-Ider* y *Menkel*.

Las tribus de *Rehuna*, con sus fracciones de *Beni-Seydel*, *Beni-Smea* y *Beni-Grir*; la famosa y enorme de *Mazmuda*, con sus treinta poblados, y la valerosísima de *Rzaua*, con sus fragmentos de *Beni-Medracen*, *Beni-Farlum*, *Beni-Letnağ*, *Bu-Jesán* y *Beni-Rutab*, se suman potentemente al vasto y ardoroso conjunto de la vitalidad berberisca de esta zona.

Hemos prescindido de las conocidas tribus de *Anyera* y *El-Fahs*, por haber sido maduramente analizadas y reconstruídas, y de otras más que, por su marcada arabización, no ofrecían interés en estos ligeros apuntes.

Igualmente nos hemos apartado del estudio de las tribus berberiscas que en inmenso número pueblan el Imperio, para limitarnos breve y escuetamente á las más principales de nuestra zona.



CAPITULO VIII

Sid-Mojand, con cuyas poesías se inicia nuestra *Biblioteca Mogrebí*, representa fiel y noblemente el tipo característico del poeta berberisco.

Nacido en la tierra de Tizi-Rached, de colinas suaves y de campos de oro, el poeta, inquieto y aventurero como un árabe del desierto, abandonó su tribu y caminó errante, viviendo días, y á veces horas, en las cumbres de águilas de las titánicas montañas berberiscas, en las negras *gurbis* de la llanura, en las fascinadoras ciudades blancas, bajo la ligera gracia hechizada de los alminares de las mezquitas, en la inmensidad horrible, comida de sol del Sahara, en donde no se ven sino esqueletos calcinados y la sombra trágica de los buitres que cruzan lentos por los espacios vibrantes de luz.

Siempre puro, siempre austero, siempre poeta, Sid-Mojand no ha cantado jamás en la ululante algarabía de los sokos, ni en el negro fondo de los cafés moros, envenenados por el aroma acre y embriagador del kif.

Nómada, como todos los que han sido formados por la divina alma árabe, él camina hacia donde su destino le conduce.

Si el paisaje, si los ojos de una mujer, si el contacto con un alma noble le interesan, allí se detiene y allí canta, leve y misteriosamente, sus ligeras poesías de amargura y de ensueño.

Y él ama siempre, con un amor desgarradamente angustioso, que va dejando entre las mujeres, semejantes á ídolos de la kabila, una viva y fulgurante estela de sangre.

A pesar de la partícula *Si*, el poeta no es de estirpe marabútica, y este título lo ha heredado de su padre, que fué un venerable y doctísimo *faki*.

En sus primeros tiempos, Si-Mojand hizo sus estudios koránicos en una santa *zauia*; pero después abandonó sus cursos de teología *maleki*, y peregrino de la quimera, del amor y del dolor, él camina, sin desmayo y sin término, hacia las perspectivas alucinantes de lo imposible.

En todas las poesías de Si-Mojand se percibe sutilmente, con la musicalidad misteriosa



de un ritmo interior, el encanto hecho de fulgor, de extenuación y de tristeza del inmóvil y eterno paisaje africano.

La vida del poeta ha transcurrido dulcemente en el ensueño oriental, y aunque el dolor muerde su alma, parece, sin embargo, empaldecido y lejano, como á través de un suave velo desvanecedor.

Si-Mojand, á pesar de sus infortunios, de las rebeldías de su espíritu torturado, á la hora en que los espectros blancos surgen de las entrañas de las mezquitas para gritar con voz vibrante y angustiosa el *Allah-ju-Akbar*, la eterna profesión de fe del Islam, con el alma religiosamente perdida en Dios, ha entrado en la *yamma*.

Después de atravesar un patio, en el que pensativos cipreses negros recogen los últimos oros de la tarde, penetra en la casa de Allah.

Agiles, elegantísimas columnas de mármol blanco sostienen las bóvedas y la cúpula.

Versículos koránicos relucen con letras de oro sobre esmalte verde, del color sagrado del Profeta.

A través de los cristales de colores, rayos de luz, de un violento tono de púrpura, dejan sobre el suelo manchas como de sangre flúida y transparente.

Pendientes del techo, numerosos vasitos de

cristal tienen débiles y parpadeantes luces, que semejan espíritus ardiendo en una nube.

Y nada más.

Blancas y desnudas las paredes, blanco el suelo, de anchas losas de mármol; blancas las columnas y los arcos.

El alma se concentra en un solo pensamiento, y Allah absorbe todas las potencias de la vida, mientras los labios recitan las palabras perfumadas por los siglos del libro sagrado:

—¡ En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso !

Y los blancos turbantes se inclinan hacia el suelo, y las opacas voces orantes, que se prolongan bajo la bóveda, se apagan en los rincones, llenos de sombra.

Hay una exquisita paz inmaterial.

Y el alma sale de la mezquita limpia, pura, cristalinamente beatificada.

Si-Mojand ha vagado días áridos de desconsuelo por el obscuro sueño de esas calles moras, fantásticas y tenebrosas, en las que el cielo surge á instantes como algo imprevisto y milagroso, y en las que enigmáticas sombras azules se desprenden en las paredes como apariciones sobrenaturales.

Devorado por la amargura, ha perdido quizá las horas más bellas de su vida en esos negros cafés en los que un hornillo de cobre brillante

arde constantemente, como la lámpara de un santuario, y en los que el humo envenenado del kif sube en ondas azules, que se desvanecen como se pierden para siempre los pensamientos torturados de los fumadores.

En las páginas sueltas, entrecortadas, temblorosas, que son como las memorias del poeta, surge el recuerdo de una casa, infinitamente adorada, en los días soleados de la juventud.

Rahma, una negra de traza salvaje, abría al poeta la breve puerta de cedro labrado.

El patio, metálica, cegadoramente blanco, resplandecía bajo el azul maravilloso del cielo.

En un extremo del patio abría sus húmedas fauces negras un pozo de brocal floreado.

En el otro, los relucientes cubos de cobre enviaban reflejos purpúreos á los arcos blancos, á las columnas brillantes.

El poeta avanzaba por una clara galería ornada de azulejos rojos y azules.

Y al fin penetraba en una estancia profundamente aromada de áloe y de ámbar y llena de tapices mórbidos, de finas muselinas, con ligeros centelleos de oro.

Allí esperaba á Zohra, con su kaftan verde y oro, con sus trenzas retorcidas como serpientes negras, con sus ojos llenos de ensueño y de tristeza, sombríamente azulados por el *hjol*, con su estrella en la frente, con sus labios que pare-

cían manchados de sangre, ávidos de muerte, como las bocas de los vampiros.

Zohra tocaba con su mano, ágil y dorada como una mariposa, un pequeño *guembri* hecho con una concha de tortuga, y Si-Mojand le decía suave, opacamente, sus versos, llenos de la angustia del desamparo y de la aridez de las jornadas interminables hechas de sol, de sed, de fatiga y de soledad.

Ni un solo rumor venía de la calle, extenuada y silenciosa.

En la copa de bronce ardían los perfumes, despertando las indecisas turbaciones misteriosas y los ondeantes sueños sin contornos.

Y el kif de las embriagueces y de la muerte hacía latir violentamente las sienes y llenaba los aires de visiones alucinantes y de quimeras fabulosas.

Las joyas de Zohra brillaban como constelaciones, las telas adquirían esplendores mágicos, y lentamente las imágenes se hundían en doradas lontananzas fulgurantes.

Entonces el poeta amaba á Zohra, y la vida en aquellos instantes tenía para ellos prolongaciones de eternidad.

Si-Mojand, en sus Memorias, habla muchas veces de noches perdidas en el laberinto de una ciudad mora, recorriendo *zauías* y *fondak* como un mendigo.

Semejantes á cadáveres amortajados, algunos árabes duermen rígidos junto á las paredes.

Alguna vez, sobre un muro iluminado, aparece una sombra de proporciones monstruosas, que inquieta con terrores sobrenaturales.

Tras las puertas cerradas se escuchan gorgojeantes voces de mujer, sollozos desgarradores, cantos salvajes, rumores misteriosos de alegría, de dolor y de muerte.

En ondas dulcísimas vienen aromas inolvidables de ámbar y de jazmín.

De pronto, al volver una encrucijada, una fosfórica iluminación repentina hiere la noche.

Suenan estridentes las gaitas, gritan las mujeres el *yu yu* con voces que no parecen humanas, y entre una confusión de sombras blancas y una roja fulguración de faroles encendidos pasa el cortejo de una boda.

Y el poeta camina sin que una puerta se abra á su desconsuelo, sin que una mano piadosa se le tienda en las tinieblas, para caer luego á la media noche rendido, destrozado, en la soledad de los campos, escuchando entre las sombras el horrible aullido martirizado de los chacales.

En las Memorias del poeta, si hay alguna hora de luz, todas las demás páginas son de dolor.

Y Si-Mojand, que aún peregrina por la tierra,

espera la muerte bajo el hechizo de una palmera, en la tienda negra de una kabila, en la desolación infinita del desierto.

Que estas poesías, del gran poeta berberisco, despierten un poco de bondad y un poco de amor para la soberbia raza, que, semejante á las águilas, habita en las cumbres de las montañas africanas.

IARDIN DE ADELFA

JARDIN DE ADELFA

Ad auen ej kurnai atjma.
Ma atsej essem yemla.
Ma el-lan igad ifejemen.
La chek latchi d'lbid'aa,
lak si zik il-la,
Matchi ila nek ag selben.
Sbab iu d'Tabia,
Tjitbirtj la lia,
Nar tjasseda ichan.

I

Yo quisiera ser escuchado, hermanos.
Si vuestros oídos fueran sutiles y atentos,
Vosotros podríais comprenderme.
Este tiránico amor es para mí algo nuevo.
Y, sin embargo, ¿el amor no es tan viejo como el mundo?
No soy solo el corroído por este veneno.
La causa de mi mal es una Ulad-Nail,
Bella como una paloma en un palacio,
O como una leona roja de pupilas de fuego.

II

Albadj tja uzet a Rebbi,
Atjat itchuli,
Di tjemurt ag duneses.
Tjaj bibitjs is ar tzitsuali,
Kuli iun deg ezzenaki,
Izga ferj deg ull ines.
Latchi iun am nekini.
Busar di essej ari
Di tjemurt lkjuames.

II

Toda mi vida te la he dado á ti, Dios.
Mi fe ha sido constante como una llama sin fin.
En mi patria he sido venerado como un santo
Y el libro de Dios ha sido mi sola guía.
Pero tengo un hermano que es incrédulo
Y su corazón ríe eternamente.
En tanto, yo que soy fiel y puro,
Tengo el alma desolada como el Sahara
Y vivo como en una horrible alucinación.

III

Atjen ii jed dla uacher.
Iak ilja ufekker,
Deg tseradyun medden futsuj.
Ui isa an taj bibt ar tsizer,
Ad id es ik esser,
Ats iaf dug zenik serrej uj.
Ar nek a faal kader,
Azen ii desseber,
Ulach bermisiu anneruj.

III

Los días de la fiesta están cercanos.
¡Oh, qué dulce es revivir los recuerdos!
En esta fiesta las gentes piden la paz.
El que tenga una suave amiga lejana
Tornará á verla algunas horas.
El la encontrará bella y perfumada
Y el corazón latirá como un pájaro.
Yo tengo que resignarme ante el destino,
Porque no puedo tornar á mi patria.

IV

A itjri a bu ennukta,
Azel abrida,
Mel ii amek iga ull is.
Mtjeksumt am lfetta,
Akken ai tjesfa,
Sadia mechchur ism is.
Tjehba tjizerzert lkjefa,
Il-lan di essajra,
Saant ljiba uallen is.

IV

Una clara estrella fulgurante
Ha brillado ante mí como una revelación.
—¿Qué pasa, amada, en tu alma?—
Tú tienes la blancura dulce de la paloma
Y eres pura como la plata más pura.
¡Sadia, la del nombre tantas veces ilustre!
Tienes la fina y exquisita ligereza
De la gacela más ardiente del Sahara.
¿Por qué sufres, siendo tan bella?

V

Tsekjil ek a itjbir al-li.
A egmas Igumri,
A ulidi illk lkais.
Agguadj inck rer Adni.
Keggel dug Zabbi,
Tjaddartj la buda juues.
Siuedj asen esselam sruri,
I lej bab irkulli,
Sadia tuek ides.

V

Yo te suplico, ave, que al tender tu vuelo,
¡Tú, noble descendiente de Ingumri!,
Cruces ligeramente el espacio
Y arribes á la luminosa tierra de Adni.
Tú descansarás entre los brazos de Azabi
Y contemplarás el encanto de aquel país.
Tú saludarás á todos los lejanos seres
A quienes tanto he querido,
Pero sobre todo á Sadia, dile que la amo siempre.

VI

Lkul iu ibda ref lfa,
Slgustii aig edda,
Rechder ui il-lan dezzani.
Tjid ma ilej jun lemjibba,
Kfant di luak tja,
Am tjid ak zik enni.
Tjura talabet lmakla,
Lej unts lekra,
Relbet lek jab tijj erchi.

VI

Yo hubiera querido que mi poema,
Compuesto amable y armoniosamente,
Fuese grato á los galanes.
Pero las mujeres de corazón
Que se entregan al amor
No existen ya en nuestro tiempo.
Ellas piden incesantemente oro,
El amor es para ellas una mentira,
Y sus almas son frías y perversas.

VII

Ull iu irkeb itj ler man,
Lekdeb ljerreman,
Izri u am ljua tefsutj.
Eddendia ulach degs laman,
Tjetsebeddil dussan,
Ui iruan kra ifutj.
Tjak chichtj ukud nemiussan.
Tjeruj ur tjeban,
Bettu dui azizen lmutj.

VII

Mi corazón está envuelto en una niebla negra.
Mentir es una cosa condenada por Dios,
Y, sin embargo, las mentiras abundan como agua de pri-
[mavera.

Huraño, recelo y desconfío de la vida,
Porque ella es inestable y cambia cada hora,
Y lo que hoy es un bien, mañana será un mal.
Caminamos á ciegas por caminos ignorados,
Siempre bajo el impulso misterioso del destino,
Y cuando deseamos el descanso encontramos la muerte.

VIII

Asa achrin deg Ramdjan.
Lkelb iu iurnan,
Mi slirs tjuziint tjei us.
Tjeilek leilak damok ran,
Uden is iuchnan,
Tjradj ii tjuchbij lbus.
Tsekjil ek a Kabir ichchan,
Azen azd ldjebnan,
A Sellaj et tefetj as afus.

VIII

Estamos en el mes santo de Ramadán,
Y en mi corazón hay una tristeza desgarradora,
Porque ella, la muy amada, se encuentra enferma.
Su enfermedad es dolorosa y grave,
Su rostro es espantosamente pálido,
Y semeja una niña moribunda.
¡Yo te pido, Señor de todas las cosas,
Que te acuerdes de esta desgraciada!
¡Y á ti, santo de mi devoción, que le tiendas la mano!

IX

Ibda ii dechchib d'amziam,
Si lkutjra temjan,
Atas aig addan fel-li.
Udem ius lejlak iuchnan,
Guran dar ir san,
Runfan ii medden irkul-li.
Ull iu izga uirnan,
Nran i ir ublan,
Annesber etta tuali.

IX

Mi juventud, ya apagada,
Fué violentamente consumida por las penas.
Mis sufrimientos no han tenido nombre,
Y ellos dejaron extenuado mi rostro
Como por una enfermedad de muerte.
Es tal mi estado, que me huyen como á un leproso.
Mi corazón arde como una antorcha al viento,
Y torturado, lleno de horrible desesperación,
Ya no espero ni la misericordia de Dios.

X

Helker lejlak damok'ran,
Dachú tjur iban.
Radjer ljebab irkul-li.
Lupital tek ul i d'akjaman,
Tjisitj tisan,
Sebbuj iu ref ufermil
A jesra. A ddan ussan,
Uisser ldjebran,
Stjer fir Allaj, a Rebbi.

X

Mi mal es incurable,
Y es un mal inquietante y raro.
Ya no inspiro compasión ni á mis viejos amigos.
El hospital es mi *último refugio*,
Y las tisanas mis solas bebidas.
¿Y la persona que yo amé tanto, dónde está?
¡Los bellos días alegres ya pasaron!
Mi horizonte es sólo el desierto.
¿Me perdonarás tú, Dios mío?

XI

Iau ad auen nej ku lsas,
Ref iir ennas,
Di luak tja ur tjelji tjiita.
Abadj Rebbi ifka ias,
Ain imenna ad ias,
Irtjtaj a medden i lmertja.
Abadj ljemn iura ias,
Iktjeb di tjegunea
Mkull aual ennetja.

XI

Yo siempre he amado la verdad,
Aun entre las gentes viles que me rodean.
Pero éste es un tiempo de desolación,
Y Dices no ama ya á los puros.
Reparte sus favores desigualmente.
A unos los llena de felicidad
Y á otros los colma de sufrimientos.
Para los predestinados, para los que llevamos signada la
[frente,
No hay mas que sueños que no alcanzaremos nunca.

XII

Slmajna tsefent azitj,
Ai net tef eddunitj,
Unag lek lub dimudjan.
Mi nsuer asurdi nerz itj.
Desseber nenum itj.
Uala anneddú lkjuian,
Almer sezzejer iu dirity,
Tjif itj tjek ej bitj,
Il-lan di Sidi Ramadjan.

XII

Un resplandor de amor ha inundado mi alma
Y ha fulgurado en los caminos de mi vida,
Pero mi corazón está irremediablemente enfermo
Y ya no siente la dulzura de amar.
La resignación es ya mi único consuelo.
Mi vida se rompió para siempre,
Y sé que mi suerte es más miserable
Que la de una vil ramera
De la calle de Sidi Ramdjan.

XIII

A ui iufan errais d'ad les
As meder tjimes,
Ad ij rek deg iun uass.
Kra buin ifer la id'es,
La izzeju tjemses,
Ur irri a medden fell as.
Zran lijib iu ifles
Zejr iu ites,
Isir tsimi tjebar tjullas.

XIII

Mi alma en otro tiempo tan ligera,
Se acercó demasiado al fuego
Y fué consumida por las llamas en un día.
Ya todo es sequedad y desolación.
Acabó para mí la dulce galantería
Y no han quedado sino sombras y recuerdos.
Mi rostro semeja en todas las horas
La faz inmóvil de un muerto,
Crispado horriblemente por el dolor.

XIV

Annar a Rebbi nudjen,
Lfjul tuetjet en,
Armi relin deg lka'a.
Dimeksauen enni ter ten.
Ig ~~z~~d ren luten.
Ar tzeeggid en deg essa'a ia.
Uida ull iu tjessent en,
Ur tjeddu id sen,
Ur sain ula lmenfiaa.

XIV

Piedad, mi Dios, yo estoy enfermo y sufro.
No soy mas que un pobre despojo
Atormentado por todas las torturas.
Los jardines tienen fragancias misteriosas,
Las llanuras brillan como oros,
Y la riqueza luce como una fiesta.
Oh, corazón, tú no gozarás nada,
Ni nada sentirás.
Vales menos que una pobre hoja seca.

XV

Adeler duk yun iifi,
Aluad mi itfi,
Dezzelt dua aid ljedd is.
Nudar aj bib ur tjnufi,
Derrai itjelfi,
Nugra ddi ezzeman unkis.
Chaj al kelb ur nechfi,
Ar tsedduji jafi,
Ak runfun medden i tsej'uis.

XV

Yo me comparo á veces al diablo.
—¡Qué fatal destino el mío!—
Mi ruina es horrible como una maldición.
No he conocido nunca un leal amigo,
Y siempre he sido como un extranjero,
En este tiempo decadente y raquíutico.
¿He hecho el mal? Mi corazón no se acuerda de nada.
Mi suerte es sufrir, sufrir sin término,
Y engendrar el odio en mi camino.

XVI

Kra buj bin la srarer,
La tsa limer,
Ikul ii dazrem sirri u.
Lbadjna u las tssena atjer,
Duanssi tsa ddaier,
Seddjaler tjid af ull iu.
Iumer felli ard mezler,
Nek rerrir fejmer,
Tsuj id dug karu iu.

XVI

He dedicado los preciosos años de mi vida
A cultivar fervientemente el estudio,
Y como la serpiente he vivido en las sombras.
A nadie he confiado mi secreto,
Y todas mis más soberbias energías
Han estado obscuras en mi corazón,
Acreciéndose potentemente en el silencio.
He llegado á ser tal vez un sabio.
¿Pero cuál es mi ciencia ante la ciencia de Dios?

XVII

Djelber di lualdin essemaj.
Atas ai njaj,
Ad ildi Ellaj tjibbura.
D'Rebbi ag zran leslaj,
La ich af lerruaj,
Ur irbij jed tamara.
Da utj ad jubben lerriaj,
Annekjd em afellaj,
Naia dug nadi tmura.

XVII

Yo he pedido á mis enemigos el perdón
Por el daño que haya podido hacerles.
¡Que Dios me abra las puertas,
Pues nunca he tendido sino al bien!
He vivido como en un largo ensueño,
Amando la dulzura de la bondad,
Pero todos los vientos me han guiado,
Me han arrastrado á través de los campos,
Y me han hecho como un ave sin patria y sin nido.

XVIII

Af asmi mugren tafsutj,
Argaz tjamt utj,
Rebj en medden aok fell as.
Albadj ikseb tjaskurtj,
Itsarra essaba mkull ass
Albadj errebej is ifutj.
Sen anida inmutj,
Erran timd lin fell as.

XVIII

En otro tiempo, en los bellos días de primavera,
—Hombres y mujeres—celebraban bellas fiestas,
Que llenaban de alegría los corazones.
Mi alma era entonces como un pájaro
Que abría sus alas en la luz.
Todos los días mi corazón se renovaba,
Y la tierra era para mí el cielo.
Todo acabó ya para siempre,
Y ya no vivo ni la amargura del recuerdo.

XIX

Kessam abrida ar tjnzer,
Nebra ar das nejder,
Chraa illan di tsujid,
Abadj mis ijua atj ia mer,
Iketser as di ezzejer,
Ifetjaj as mkull abrid
Ar nek imi dennejm iu ikjser,
Idja ii ur iid ifekker,
Dlmej na u la tjetzeggid.

XIX

El Destino es la sola ley inexorable.
Todo lo demás son palabras vanas,
Pues él concentra la suprema ciencia divina.
Dícese que para algunos la vida es grata
Y que disfrutan de las más dulces felicidades.
¿Sabemos si su felicidad es cierta?
Yo sé que sufro infinitamente,
Que mis penas son inmensas,
Pero espero, sin embargo, de lo desconocido.

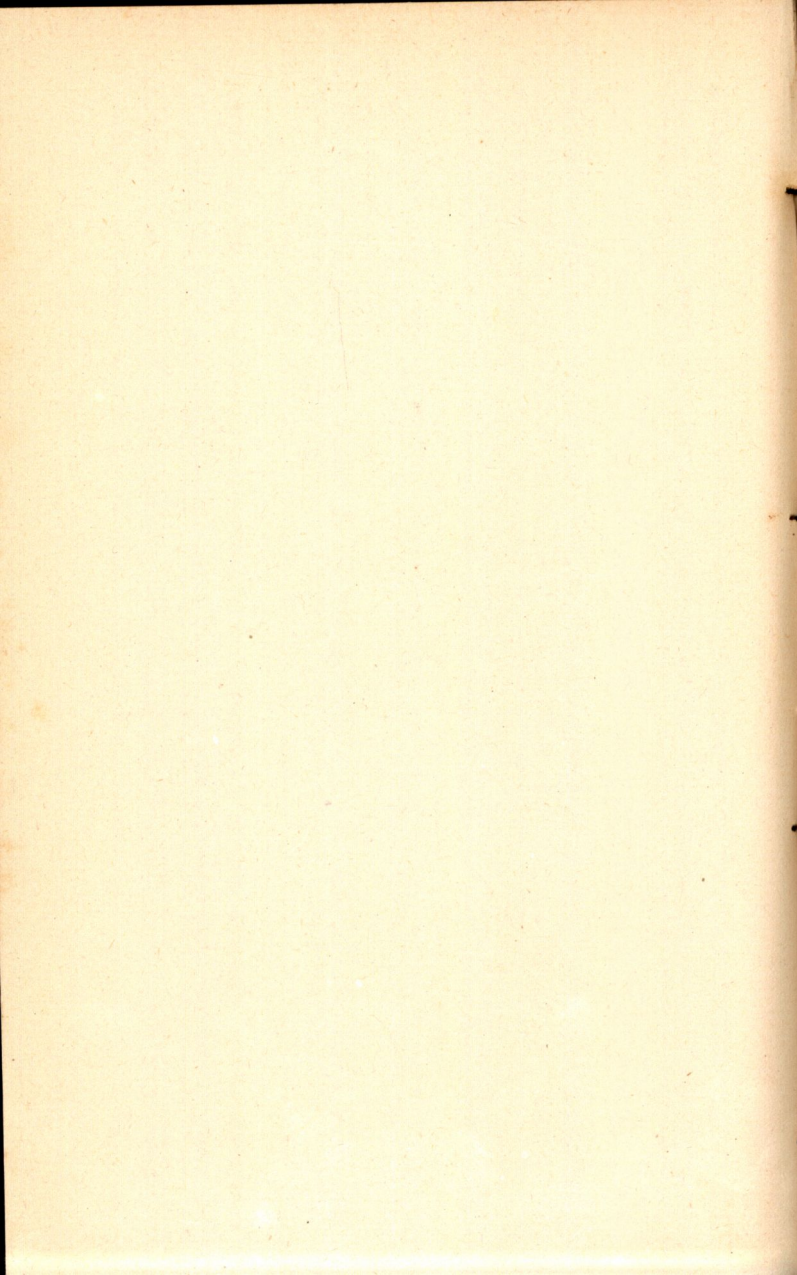
XX

Aini mtjantk iktj tadjualitj,
Mtjeksumtj tjarumitj,
Ai tjasa a esserr tja saptj lmerdyan.
Iemmeler tsimi tje jeddir essej,
Irnü tjetsenechraj,
Ur tjet sagguad imaulan.
Ak lii effer er damsaj
Rekben ii lerriaj,
Errirts tjikli iberdan.

XX

Aini, la gentil,
La de la piel suave y blanca,
La de la diadema *incrustada de coral*,
Yo te amo con el amor desesperado
De mi última y ya muriente juventud,
De mi juventud desgarrada por el dolor.
Es tal mi amor, que pierdo la razón,
Y temo que una ráfaga de locura
Me arrastre hasta el horror del crimen.

JARDIN DE AMOR



JARDIN DE AMOR

I

Tjiket a ad'hedjir asefru.
Ual Allah ad'iljú.
Ad'inadi deg ludj iatj.
Uith islam ar d'atj iaru,
Ur as iberru,
Uillan dlfaqem izrath.
Annej'ell Rebbi atjet idjú,
Rures ai nedaau,
Ad'bia det adrim nekfatj.

I

Hoy deseo componer un poema.
—Quiera Allah que sea noble—.
Este poema resonará por valles y llanuras.
El que lo haya escuchado lo escribirá,
Y jamás querrá olvidarlo,
Y el que tenga luz en el alma lo comprenderá.
Pido á Allah que me exalte y que me inspire.
—Sólo á El elevamos nuestras oraciones—.
¡Que Allah me guíe, pues mi fortuna es una sombra!

II

Ziren la'chek imkjalaf,
Ifrek d'lesnaf,
Kullua dakem itmejen.
Aba'dj izejú lektaf
Dezzejer is iulaf
Ikim netsa dui azizen,
Dabadj meskin jatj injaf
Dag ebra urtj itsaf
Slejlak is d'Rebbi ag almen.

II

Yo sé que el amor es algo ligero, inconstante,
Que se ofrece ornado de fugaces reflejos.
Cada uno siente de un modo el ímpetu de la pasión.
Algunos aman violentamente los placeres
Y sus almas se han hecho en la alegría.
¡Dichoso el que vive junto á la mujer amada!
El solitario es un pobre abandonado
Que jamás realizará sus sueños,
Y sus pesares sólo Allah los sabe.

III

Atja lakel iu isleb,
D'Imejna u tjesab,
Sair la'ib nej emmek.
Ftjuzint nugi annedjaneb;
Derrai idebdeb;
Glal nezga dná uek.
Irtjaj ur nejerreb;
Lefrak aig saab,
Dui azizen sla'chek.

III

Mi espíritu se confunde y se extravía.
La causa de mi estado miserable es muy compleja.
Me clavan sus garras todas las inquietudes.
De la amada no puedo ni quiero alejarme.
Mi voluntad se quebranta vacilante.
En tal postración todo son tinieblas.
¡Dichoso el que nunca ha sido torturado!
¿Por qué es tan horriblemente dolorosa la separación
De aquella á la que amo sobre todas las cosas?

IV

Dkuel iu idda flmin,
Af lall nubzim,
Am thechradj seddau ezzenda.
Asmi ellir daj bib im,
Tjej sebedj ii am emmin,
La'chek tjezad ljiba.
Tjura mi tja ujedh ud'mim,
Tjebrdj i uallen im,
A'ni ur am huir ara.

IV

Mi poema se forma en *mim*
Y habla de ti, ¡oh bella de las ajorcas;
De ti, que tienes tatuajes junto á los brazos.
Cuando yo era tu amante
Me querías tanto como á un hijo.
Tenías por mí, más que amor, dulce amistad.
Ahora apartas de mí tu mirada,
Y bajas los ojos.
Ya no soy el que fuí.

V

Atjaia ull iu inudj,
Am lebjer itsemudj,
Ref tjin azizen felli
Dajbia isegmi la sludj,
Igman deg lemrudj
Tjejuedj rer udrar tjuli.
Ma tsura erreh el is igudj,
Tsitbirtj ref et terudj
Tjedja aznik lkjali.

V

Mi pobre corazón se inquieta
Como un mar, y se atormenta
Por aquella que me es tan dolorosamente querida.
Dajbia vástago de asfodelo...
¡Se ha casado! Ha partido hacia la montaña,
Dejándome solo, y llevándose todo su séquito.
¡Ella, hermosa como una paloma sobre un trono!
Las calles se han tornado desgarradoramente tristes.

VI

Atja ulliu itseferfir,
A ui ik'ulen ditjbir,
Adzegrer lebjer i buass
Ar sutj lebsa lejrir.
Sesseraia dlidjir
Kulta numru deg ljaras
Jak da ma chebj ent lajir
Idjejer ur iffir
Ezzejun dagi damsas.

VI

Todo mi corazón sufre y se estremece.
¡Oh, yo quisiera ser ave de alas ligeras!
Cruzaría el mar en un día
Para volar hacia aquella de los vestidos de seda
Y hacia los breves palacios blancos.
Allí tiene cada una su lugar en el patio.
Aquí contemplo frío la belleza de las mujeres.
Todo me parece artificioso, y sé
Que el amor es una triste mentira.

VII

Tjasseda ira den tjur uas
Ezd'atj Ben-Abbas
Mis ennan medden irejel.
Dem tjimmi tja kef am lkuas
Tsamzurth ar ammas
Dem tjebuchin difelfel
Meletj ii anida ljarás
Ar derzur fellas
Ma arker ar dii tja kel.

VII

La soberbia leona ha rugido
Ante todos los Beni-Abbas
Cuando la enteraron de mi partida.
De aquella que tiene preciosas cejas curvadas
Y un manto de cabellos hasta los pies;
De aquella que tiene unos breves pechos encendidos.
Yo quiero conocer la morada
Para vivir de nuevo tantos recuerdos.
Por muy olvidado que esté, ella sabrá reconocerme.

VIII

Akem inal Rebbi almuth
Ur nedji tjamurtj
Tjebuidj ag ellan dla ali.
Am ergaz am tjemet tutj
Ui iljam immutj.
Ikim ui illan dedduni
Lukjbar ebuir tjids tsebutj
Alfajmin echfutj
Tjemmutj tjeck chich tjadji.

VIII

¡Que Dios te maldiga, muerte,
Que no perdonas nada!
Tú has segado todo lo elegido
Entre los hombres y entre las mujeres.
Todo lo que es bueno y bello ha sido aniquilado.
Sólo queda ya lo malo, lo horrible.
Tengo la convicción de lo que afirmo.
—Gentes de mi sangre, vosotros recordaréis—
La gentil niña ha muerto, y mi desesperación es horrible.

IX

Lemnam agi dbu tjlufa
Urgar Jamina,
Atsaia mudem imserri
Lebsa ines dlfudja,
Agus desselifa
Tjaksumtj is dafilali,
Ukird ur dufir'ara.
Uetjer deg tjsummetja
Fekirs iluad imetti.

IX

El sueño está lleno de maldades y de mentiras.
He visto en sueños á lamina
Que venía hacia mí con su rostro lleno de gracia.
Llevaba una *futa* de seda roja
Y un cinturón de lana trenzada.
Su carne era rosa como el alifali.
He despertado, y no he encontrado nada.
Lleno de angustia he caído sobre la almohada
Y me he abandonado á las lágrimas.

X

Nek idem a Tjuzunt lefrak.,
Rerreb nar cherrek,
Lekjdia segem aid ekka.
Defauda iu fellam ijrek,
Dirres ichkek,
Ljub iu segem iuekka.
Jak tjura idjejer nefrek
Nezgad na uek,
Bet tu chubartj dazzeke.

X

Nosotros, ¡oh bella!, debemos separarnos.
Dirígete hacia el Este ó hacia el Oeste.
La traición ha venido de ti;
Por ti mi corazón ha sido herido,
Y la entraña ha sufrido espantosamente.
Y, sin embargo, mi amor á ti es profundo, inmutable.
Pero ¿no es cierto que hemos roto?
Esto es lo que me llena de angustia,
Pues la separación es para mí semejante á la muerte.

XI

Tjemmutj tja ziztj ur nemzir,
Lmuts a tjetsektir,
Rebbi itjedu deg ennuk'ma
Ai akkal urts tser'ur,
Mla iun netir,
Tja fumth as almuluka,
Dazauli ur tej kir,
Diellis lkjir
Merjumeth si djanama.

XI

¡Ella ha muerto, la adorada, sin volver á verla!
La muerte elige...
Dios contra mí la ayuda.
¡Oh, tierra, no la profanes!
Ella era tan hermosa, con sus ojos de halcón...
¡Perdonadla, ángeles!
Jamás hizo el mal, ni menospreció el infortunio.
Era la criatura del bien.
¡Que sea preservada de los horrores del infierno!

XII

Tjet jer ii deg ljara,
Di labil tjer'ra,
Tjak chichtj ijejan ljerf
Tsizerzertj deg essajra,
Itsensusun berra,
Ur izmir jed ats ittef.
Mits luajer uajed lamerra
Ur duk bil ara,
Aklii am zerzur set'taaf.

XII

Ella se me presentó en el patio.
Era dulce, delicada y misteriosa.
Era triste como una niña abandonada.
Y semejaba la gacela del Sahara,
Que pasa sus noches bajo la luna
Y que huye cuando alguien *se acerca*.
Yo le ofrecí la llama de mi amor,
Pero ella no escuchó mis súplicas.
Y desde entonces me consumo como un pájaro enfermo.

XIII

Izga lkelb iu iukfer,
Fejmer achurer,
Ibad uain id itsemenni;
Sug erfán izga iamer,
Ied matj ichiuer,
Kull ium daj'ber felli.
Af tjeK chichtj njubb na'ucher,
Ai nguma annesber,
Netseru mits id nesmektji.

XIII

Mi corazón es como un mar tempestuoso,
Y yo sé cuál es la causa de su mal.
El sufre porque ella está lejos,
El está torturado por la pena,
El no quiere confesarse á nadie,
Y cada día aumenta su dolor.
De la pérdida de la ferozmente adorada
Yo no puedo consolarme,
Y su recuerdo me hace llorar.

XIV

Jeku tsi sabka lbenat,
Sajib legrenat,
Kbel ats nissin ntub;
Fell as ai nedja essalat,
Cherrab u labsant,
Dukjan ul kif mektub.
Tjekjda ii ezzin nessifat,
U rani fi jalat,
Ibeddelen tsemmer sukjrub.

XIV

Di á la que es la más gentil de las doncellas,
A esa cuya piel es como la flor del granado,
Que antes de conocerla yo era muy devoto;
Que por ella abandoné mis oraciones,
Que por ella fui loco y perverso,
Y que por ella olvidé hasta mi sangre.
¡Y ella me ha traicionado, la hermosa entre las hermosas!
—¡Oh, qué tristeza!—
La alegría se ha convertido en maldición.

XV

Ai ull'iu nejur kull ass,
Mad ezzena ekjdjú ias,
Ar lurad seg junien
Beddelet la'da tjullas,
Kull tas lebsas,
La achchek eni deg meksauen;
Tja lej'bek ref tjegunzas,
Tja mmedas immas,
Ikfa ennif deg lemzien.

XV

Corazón, al que predico cada día,
Abandona el amor y sus inquietudes,
Y avanza conducido por los santos.
Las mujeres son siempre corrupción y mentira;
Ellas son la ingratitud y el veneno,
Y no sienten amor sino por la fortuna.
Ellas lucen en la frente una estrella azul,
Y las hijas son tan malas como las madres.
La juventud lleva una venda, pero mis pupilas ya se han
[abierto.

XVI

Inna si Dajbia ar deffer,
Ats in meslair,
Rjan i ledjur ines.
Ai auder si zik essener,
Slmajna chaber,
Netsatj irder its idjes,
Lamtchi dlejlak ai jelker
Deg makka djafer,
Iak Rebbi lukjbar rures.

XVI

Di á Dajbia que salga ;
Necesito absolutamente hablarle,
Decirle que sus palabras me torturan.
Yo creía tener experiencia sabia
Habiendo envejecido en el dolor,
Cuando ella dormía el más puro sueño.
No es mal de la carne el que padezco ;
Si yo me aniquilo y me convierto en sombra,
La causa de mi mal sólo Dios lo sabe.

XVII

A ultema a uim ijkam,
Atz redj aig ellan
Imken ad'ijnin ull inem.
Asm im kjeddemer lej san,
Did rimen ag ellan,
Dai mi azizer rur em.
Ma tsura tjedjidj ii arian,
Zid atj ldjiram
Iak Rebbi ur tebbuidj idem.

XVII

¡Oh, hermana! A pesar de todo, quisiera hablarte;
Verías los horribles tormentos que sufro,
Y quizá tu corazón sintiera ternura.
En otro tiempo yo te llenaba de amor y de regalos;
Yo era rico, arrojaba el oro,
Y entonces tú parecías quererme.
Después, implacable, tú me hundiste en la ruina
Y me dejaste desnudo como un mendigo.
Pero mi Dios no puedes arrebatármelo.

XVIII

Nussi kia Ben Jid Jud
Ida tsekum mechjud,
Natik berria edija,
Rer Sassa kamets la sludj,
Djemrets lkjedud,
Gelbi mej ruk alija.
Tsekjil eka Rebbi lam bud,
Bin essema ur erra ud,
Fellila netselak ija.

XVIII

Voy á darte una misión, Ben Jid Jud.
Si quieres servirme de mensajero,
Te daré una carta para ella,
Y dirás á Sassa, vástago de asfodelo,
La de las mejillas doradas,
Que mi corazón arde por ella.
Yo te suplico, Dios adorado,
Que en el espacio de un relámpago
Hagas que nos encontremos ella y yo una noche.

XIX

Ull ijlek udem iu uerrar,
Rer zdakjel ai tjet netsuar,
Si ua Allah mid itseje kir.
Thak chichtj deg ull iu jesber
Lked ia ur tsa udder,
Ai din nemchetch itj di lkjir.
Fejmetj akun meslaier,
Tjebra ad ii tjenr
Tjennak. A ldjid tsek sir
Uallej iun ur tjuminer,
Dakka ai guler
Kullajum kabir ur esserir.

XIX

El corazón está enfermo y el rostro todo pálido.
Mi alma es del alma,
Y sólo Dios lo conoce.
Yo la amaba sobre todas las cosas,
Y no la creía capaz de traición.
¡Cuántos dulces juramentos hemos hecho!
Pero escuchad, gentes, lo que he de deciros.
Ella, un día, intentó asesinarme.
Y sonriendo como una pantera dijo: «Ha sido juego».
Juro por Dios recelar hasta de mi sombra.
—Tal es el juramento que yo hago—,
Y no fiar ni de la austeridad de un santo.

XX

Tsuuetjer am ezrem sikjef,
Anir dai nufef,
A uak ila irleb ii chitan.
Mits seggemer tja uji rer et terf,
Ai uejmer achur ef,
Lmejna turzi budjan,
Tjebat ljedjela ats neffet,
Nek auder ats ualef,
Netsatj tebra dui isaan.

XX

Estoy herido en la cabeza como la serpiente.
¿He faltado quizá á la ley divina?
Tal vez me dejé vencer y arrastrar por Satanás.
Todos mis deseos, en el punto de cumplirse, se hunden,
Y yo me pregunto cuál es la causa de ello.
¡Cuántas alucinaciones en estas largas noches!
Desalentado y triste he corrido tras la mujer,
Imaginando que ella sería suave y piadosa;
Pero la mujer no ama mas que la fortuna.

JARDIN SECRETO

JARDIN SECRETO

I

Zir ldyenans lkjettjia
Kuan degs lnuar
Skra id dekren ilsauen;
La neb lojmer buammar,
Dlkjuk am lamber;
Lejbek u luard mlalen.
Iak nedder ruzif la'mer
A larmi nej der
Ksan as imeksauen.

I

He cultivado un jardín maravilloso
En el que había flores preciosas
Y todo lo más bello.
Uvas semejantes á pupilas claras,
Melocotones del color y del perfume del ámbar.
Olorosas albahacas y rosales espléndidos.
Pero su vida fué tristemente breve,
Puesto que lo he visto
Bárbaramente destruído por ciegos pastores.

II

Ruri lyenan itk ubbel,
Skjukj imkjubbel,
Kjellet er as si mkull errija
Mkull lkjir degs imuel,
Ai a udder ath nugd'el,
Ad iub ath netchs erraja,
Asmi ibbudj lmaj'el,
Iun uass ai nerfel,
Itcha tjudai saja.

II

Yo tenía un jardín encantado
Rebosante de melocotoneros;
Había en él exquisitas plantas aromáticas
Y nacían flores de sueño.
Yo quise mantenerlo secreto,
Y gozar en paz de sus frutos maduros,
En el dulce momento de su plenitud.
Pero un día, burlando mi vigilancia,
Un judío lo devoró. ¡Dios se lo pague!

III

Zir idjenan isuch ach ;
Likjuk dlmechmach,
Ernu tsefah d'Afjau
Issegem asegmi iferrech,
Dessekjab ima umech
Kerunfel ia'ddá uk errui.
Serrek um la slubut arrach,
Slifina dechechach,
Irua ubujad tamur li.

III

Yo había plantado un jardín exquisito.
Rebosaba de frondosos árboles frutales,
Y había manzanas con reflejos de nácar.
Los jóvenes retoños nacían fuertes y gentiles.
Macizos de *sekjab* tenían un verdor profundo.
Y abundaban pródigos los clavos,
Con sus vestidos que enloquecen á los niños
—Vestiduras transparentes y finas muselinas—,
Y mi alma se deleitaba con la pureza de la infancia.

IV

Ruri idjenan di lut'a,
Dluard dessikjta,
Slkjuk u erreman ifaz;
Ferger id afrag ilfa,
Izerreb ir et'ta,
Jesber am frukj lbaz
Tjech ched i iuetj tser'ta.
Ur id gir ara.
Tjebbeddel iis ir ergas.

IV

Yo tenía un jardín en la clara llanura
Ornado de maravillosos rosales,
De bellos árboles, de granados de color de fuego.
Lo había cercado con blancas paredes
Y lo mantenía con dulce y misterioso secreto.
—¡Yo la creí de raza noble como el halcón!—
Sólo una rama degenerada se torcía
En el encanto suave del jardín:
¡La que me abandona por el más vil de los hombres!

LA ID

LA ID

I

Ai ull iu ifnak esseber
Ma tsilit d'ljer,
Assa tsisuik la'id
Kull lemku'am Rebbi ijder.
Stjullas ia mer,
Tjid ak ir'ran di tsujid
Nukni ak lar netj ier,
Slabsant nesker,
Nek derrai iu 'luaj'id.

I

¡Corazón!, tú debes resignarte,
Si quieres permanecer puro y noble.
Hoy es la fiesta de *La id*.
Todas las mezquitas, Dios es testigo de ello,
Estarán pobladas de jóvenes,
De aquellos que han estudiado la ciencia divina,
En tanto que nosotros, agobiados por la tortura,
Nos aniquilamos con los venenos y con las penas;
Nosotros dos, mi alma y yo.

II

A tjafjilt jader atsekjsidh,
Ad nezzejen uidj,
Chbabatj uid iuelmen.
Dil rit a lad itsagidh
Nsenned arlh idh;
Dla ukal taddarth sekren.
Ai ull iu esber i usemmidj,
Imi akka ai tjabridh,
Jak tjej uzak gar asen.

II

¡Lámpara!, ilumina y no te apagues,
Para que los otros disfruten los placeres,
Sobre todo, los buenos, los que son dignos de ello.
Con la dulzaina el músico nos invita á la fiesta,
Y para verla me adoso como una sombra al muro.
¡Los mismos notables, con la misma alegría!
¡Corazón mío!, espera y sufre el frío,
Ya que así lo deseas,
Viendo cómo los otros se divierten.

III

La id tamuk rant tjebudj ed;
Ui izjan isard ed,
Ui isa an taj bibtj at rafer.
Ma dnekk ull iu indef ed,
Didrimen ula jed,
Izri u ir leb la uanser.
Tsekkjill ek a Ballua kerres ed
Sadia Ath Si Mjand
Ats tjudj deg la uacher.

III

La id, la gran fiesta, está cercana;
El que es dichoso prepara sus galas;
El que tiene una amada, por ella habrá deseado la fiesta.
En cuanto á mí, está abierta la herida de mi corazón,
Pobre, devorado por la desgracia;
Mis ojos, como fuentes viejas, no tienen sino lágrimas.
Yo te suplico, ¡oh Ballua!, que cumpliendo mi venganza,
Envíes á Saadia, la de Si Mojand,
En el día de la fiesta, una pena que consuma su corazón.

IV

Grerd ennejtjas lrucl,
Aklar nederuech,
Ntets lejram ntsa'mid.
Abadj izja itfej chech.
Itsebeddil di lkech,
Irli di lkessua ajdid.
Lamtchi am nukni ibech.
Ref lbank ai neferrech,
Di lkaujua ai netcha la id.

IV

Las penas me desgarran, me muerden ferozmente
Y me hacen semejante á un loco.
Vacilo en el camino y cometo pecados.
Algunos, siempre dichosos, tienen todas las alegrías,
Son los felices, los elegidos,
Y se adornan en la fiesta con vestiduras suntuosas.
En cambio, yo, que soy despreciado por Dios,
Sobre un banco tengo mi lecho,
Y en un negro café paso la fiesta de *La id.*

V

Slir'as la tjsuid uid,
Enniras d'La id.
A tjuzint blad i lkanum,
Tjet tef essabun tjirid
Ar tjidma luajid,
Tjaksumtj tjer erra di lfinum
Tjejel Rebbi ur tej mid,
lak tjeffer i ubrid,
Tjenra ii a medden slnaum.

V

Habiéndola oído gritar y maldecir,
Yo le dije: «Hoy es *La id*,
Amada; sé amable y dulce».
Y ella se adornó para la fiesta.
Entre las más bellas mujeres,
Su piel suave tiene un blancor transparente;
Pero es una infiel que reniega del mismo Dios.
¿No se ha alejado del buen camino
Ella, que me tortura con sus frases perversas?

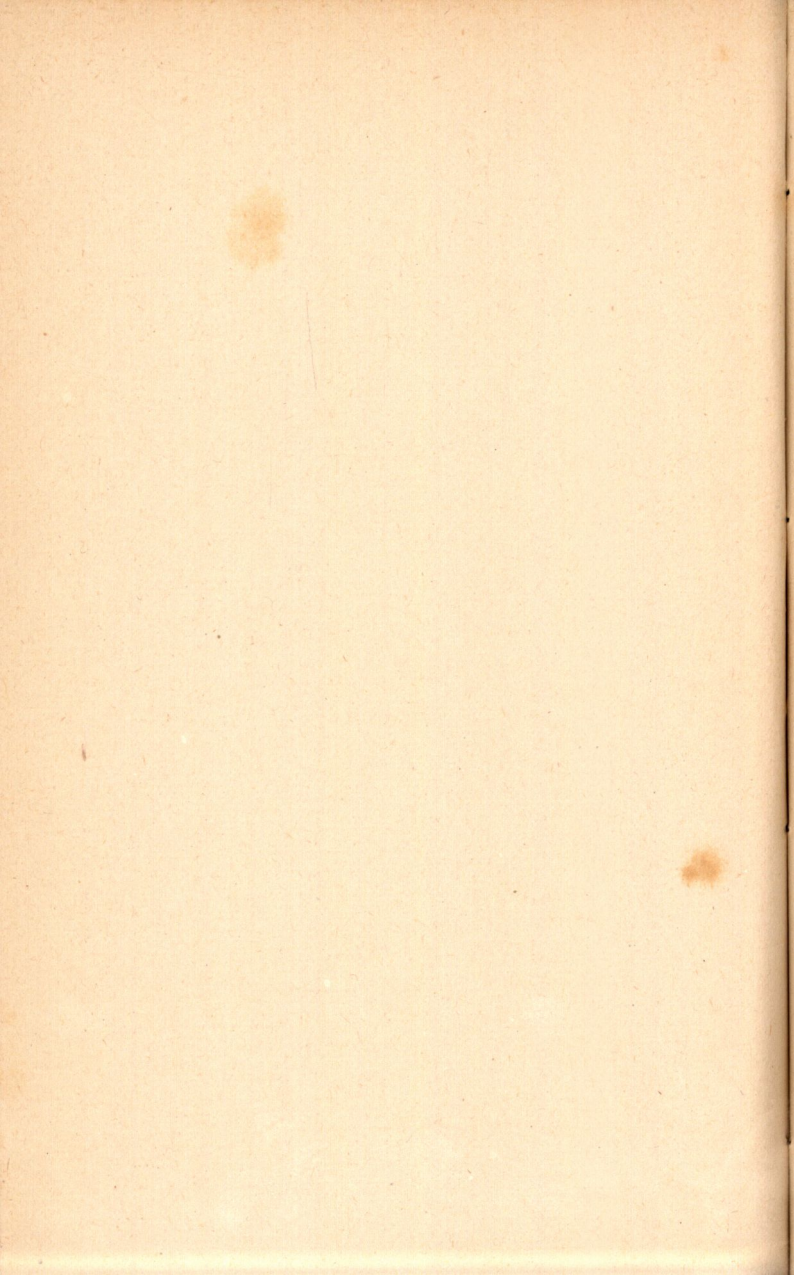
VI

La id tjadda am adju,
Kullech itsefuku,
Kjas Rebbi ard ik'imen.
Albadj ichd'ja seksu,
Ad'itch adiruu,
Ad imr'afar dij biben.
Matchi am bu edda ussu,
Di lrurba itseru,
Ia geden ger ibermilen.

VI

La id ha pasado como el viento;
Todo en la tierra tiene su fin.
Sólo Dios quedará.
E lque ha deseado el alcuzcuz de familia,
En estos días ha podido regalarse
Y gozar de los dones de la amistad.
Yo, hombre de pecados y de infortunio,
Solo en país extraño, no hago mas que llorar,
Y en un cubil, como una fiera, he pasado la fiesta.

JARDIN AMARGO



JARDIN AMARGO

I

Atja ull iu itsemj ebbar.
Sil kiff d'lukjmar
Ai fkir lebri il kjat'er iu
Usird ak'lii dat iar,
Al fajmin lej'rar.
Djej ir d'arrib deg tjemurth iu
Asmi ellir bader la kerar
Ur ebuir la ar
Tjura inguga ul iu.

I

He aquí que mi corazón está lleno de inquietud
Y que me extenúa el veneno del kif.
¡He dado demasiada libertad á mis instintos!
Y estoy aquí abandonado, despreciado de todos.
—¡Oh, gentes reflexivas y nobles!—
Soy como un extranjero en mi propia tierra.
Cuando estuve lejos, en el olvido,
Mi alma tuvo la paz.
Hoy mi corazón se encoge como una fiera enferma.

II

Subjan ek ia Uajed el Ajed
D'ludjab ak nej med,
Tjefkidj lkudra nesber as
Zig enni mi dezzeger isgem ed,
Elger dugdjued,
Kull ljerfs la ibaras
Tjura imi netsakjed,
Ref lejram nammed,
Sner abrid kdjir'as.

II

¡Gloria á ti, el Unico, el Solo!
Es deber nuestro *reverenciarte, adorarte.*
Humilde sufro la prueba que me envías.
Antes, cuando me guiaba la fortuna,
Me ocupaba en estudiar y en recitar el Korán,
En el que cada carácter tiene una alta significación.
Ahora, devorado por el vicio, estoy maldito.
Ejecuto fatalmente lo que está prohibido.
Conozco el buen camino y me aparto de él.

III

Atjaia ull iu iur'djadj,
Ia Rebbi tjalmedj,
Ekfat ljuaidj nelsa
Deg zik inu det taleb
Tjad uats d'setsin jizeb
Lketjba u deg lmedersa
Tjura imi nchab nrelledj,
Sechcherab ar nekjelledj,
Atsena redj a Sidi Mussa.

III

He aquí que mi corazón está lleno de pesar,
¡Oh, mi Dios, tú lo sabes!,
Y mis harapos están desgarrados.
En otro tiempo, cuando yo era *taleb*,
Provisto de mi tintero, versado en los sesenta capítulos,
Escribía en la *medersa*.
Ahora, que estoy viejo y débil, vacilo
Y cometo pecados contra la ley.
¡Sálvame, Sidi Mussa!

IV

Lukan derrai ur itjilif,
Ad ajder lkif,
Sbeslen ikauden.
Kull tamurtj ibdjats ljif,
Iserbej lusif
Iugra ui illan d'lfajem.
A Rebbi sefdjar ljif,
Akin iauedj ennif,
Jak d'ennuba igellilen.

IV

Si mi razón no estuviera perturbada,
Juraría no tornar á fumar el kif.
Los fatuos y los miserables *me humillan*.
Todo ha sido repartido desigualmente,
Y sólo las turbas serviles triunfan soberbias;
El hombre de corazón y de inteligencia es aislado.
¡Dios mío! Haz que esta situación acabe,
Aunque sólo sea por amor á la justicia.
¿No llegará nunca el día de los desheredados?

V

A errai ua bu tjelufa,
 Tjekdja klma irfa,
 Itjedun dur tjez ridj.
 Tjekchemedj lraba lej'fa,
 Fell asen aid nenfa,
 Ekkes ed leblad ur nebbuidj.
 Megrets yema'erts tsaffa;
 Echcher ul is ikfa,
 Seruetjer'ts abbents uidj.

V

¡Alma!, tú, que estás llena de penas,
 No eres sutil, inteligente.
 Tú te interesas por gentes á quienes no conoces,
 ¿No has recorrido los bosques con pies descalzos?;
 Tú has conocido todos los destierros;
 No hay tierra que no hayas visto;
 Tú has segado el trigo con tus manos,
 Y cuando todo estaba terminado,
 Desgranado y limpio, otros te lo arrebataron.

VI

Ferjen labad mi nenfa,
Ur ntdeban ara,
Ai a uden medden nemmuth.
A Salh'in akka ar Mekka,
Amek igga uaka,
Nek riler ar tsifrir tjagguth.
Disran aig uren eddula,
Dlbaz inejla;
Ui isa'an ajbib itsutj.

VI

Las gentes se han alegrado de mi destierro.
Y cuando se perdieron mis noticias,
Muchos creyeron que había muerto.
¡Santos!, de aquí hasta la Meca,
¿Cuántos tormentos me esperan?
¿Acabarán por *desvanecerse las tinieblas*?
Los buitres lo dominan todo,
Y el noble halcón ha sido desterrado.
Y el que tenía amistades las ha dado al olvido.

VII

Ui iuetjen deg nar'la smah,
Dug ull ai nejreh,
Armi la nzeju sennuk'ma.
D'la chek aig zelgen lerriah;
Lamtchi dai nejah;
Ur iksan jed luk'ama.
Tjebar errai u isah
Deg lmah nath insaj
Larmi diugra deg ennedama.

VII

Si alguien me calumnia, que no tenga perdón.
Como tengo el alma herida,
Yo me entrego desesperado á las pasiones.
Sólo el amor me ha desviado del camino;
Pero no soy un loco extraviado,
Y como todos aspiro al bien.
He querido seguir á mi alma,
Y ésta me ha hundido en el dolor;
Pero ya estoy arrepentido.

VIII

Dezzelt agi d'amsas,
Akka ai dljalas,
Nek chubbar tjam ldjifa
Bab is a medden ma'kul,
Damudjim dug ull.
Kjaf ad ili ger lkafila.
Kek jerreber deg iman iu,
Tjenkes tjezmertj iu,
Dennur deg ud emiu ikfa.

VIII

La miseria es horrible, *espantosa*;
Es el estado de la maldición;
Corroe la carne y el alma como una llaga,
Y el que la sufre, gentes, lleva como un estigma.
—No hay miseria comparable á la del corazón—.
El miserable es conocido aun en medio de una caravana.
Yo mismo he hecho la triste experiencia.
Este terrible mal ha extenuado mis fuerzas
Y ha obscurecido trágicamente el brillo de mis ojos.

IX

A Rebbi deg nsutjur,
Daui dlmeddjur
La chec u lkella lmesruf.
Rerrir luk ran kull essedur,
Tzalar etejur,
Ism iu ar meddem ma'ruf.
Tjura imi nchab nkur,
Lar reggemen la rur,
Uej cher ir'lid fell iilkjuf.

IX

¡Dios! Tú, á quien nosotros imploramos,
Cura y consuela al que sufre,
Al que atormentan el amor y la miseria.
Cuando era *taleb* leía todos los capítulos del Korán.
Devoto, yo hacía las oraciones, aun la del *dojor*.
Mi nombre era conocido y respetado por todos.
Ahora, decrepito, extenuado por la vejez,
Cualquier vil criatura puede envilecerme.
La soledad me angustia y me llena de terrores...

X

Sidi Bu Esseh'ab a izzem,
A Sidi Brajim,
Abrida edjir d'lmekjsus.
Tjassa us ljub ai tjezem,
Aklar nenadem,
A Siadi tjarem ar'afus.
Uellejetj errai ad'iukem,
Ad'ikker ad'ikjdem,
Dechchetjua ur isa'i abornus.

X

¡Oh, Sidi Bu-Esseh'ab, *el León!*
¡Oh, S'd Ibrajim!
Yo soy el desgraciado que carece de todo.
Por el amor, por la garra de la pasión estoy herido.
Y no soy mas que un despojo triste y fracasado.
¡Piedad, santos, tendedme vuestra mano!
Haced que mi pobre alma entre en el buen camino
Y que pueda descansar en paz.
¡El invierno se acerca y no tengo ni un roto albornoz!

XI

Assegvas agi mujab;
Aid ir ur si echchebab
Uid ir'ran dil medersa
Kull lferma bedden as albab,
Ak baili dua rab,
Erruan lekjnazer tjadsa
Iak abadj ched'jan tlejbab,
Immas tjsej sab,
Ref mkull idj anda insa.

XI

Este es un año de tristeza y desolación.
¡Cuántos jóvenes han sido arrojados á la ventura,
De los mismos *tolbas* que salen de las *medersas*!
Legiones de desgraciados recorrían los campos.
Allí estaban todos, árabes y kabilas,
Y hasta los cerdos se burlaban de sus tristezas.
Sin embargo, todos eran puros y eran nobles;
Sus madres contaban ansiosamente los días,
Y se preguntaban en qué guaridas de fieras pasarían las
[noches.

XII

Tsekjil ek a Rebbi ar kenridij,
Aklii am in tenridj,
Di eddunitj iuies ennaam is.
Tjefkit iluach dusemmidj,
Tjauansas ljidj,
Hacha netsa lfal is.
Esber a iull ma dai tjerfidj,
Hader atsenjelidj,
Ai gar ak ljuratj is.

XII

¡Te lo suplico, Dios mío; ten piedad de mí!
Yo soy como aquel á quien tú has quitado la vida
Y que ha perdido hasta la ilusión de la esperanza.
Tú me has abandonado á la tristeza y al frío,
Sin más hogar que la tierra negra del sepulcro,
Sin más compañero que el arcángel de la sombra.
¡Calla, corazón, si te atormenta el odio!
Hay que matar implacablemente el alma.
Ya se acabaron para siempre las alegrías de la tierra.

XIII

Lemmer am zik tjella tserika,
Nezgad ntueka
Kulja idjad limaras.
Ref ezzien nebbui edderka,
D'luiz ai nefka,
Achker deg ezzejun tullas
Tjura imi tjebeddel esserka
Ur infia lebka,
Esseber itjba itj laias.

XIII

¿Por qué no soy dichoso, como lo fuí en otro tiempo?
Entonces era fuerte, tenía el alma llena de luz.
—De la juventud no ha quedado huella—.
Por la belleza estaba dispuesto á todos los sacrificios,
Y por poseerla prodigaba locamente mi fortuna.
El amor era la pasión única de mi vida.
Todo acabó ya, todo se ha transformado.
¿A qué lamentarse amarga, inútilmente?
La vida tiene dos fases: primero, la esperanza; después, la
[desesperación.]

XIV

Atjaia ull iu ia mer,
Kull ium daj'ebber,
Sldjil irdem ur'ilif;
Lejbab ukud nkesser,
Rujen cherrejen lebj'er,
Gulen ur ej'direm *ilj'if*.
Nek derrai u ai nruer,
la Sidi nukfer!
Atsena redj la Beni Ali Cherif.

XIV

Mi corazón está lleno de inquietud,
Y cada día sufre más
Ante la nueva generación tan desgraciada.
Los amigos, con los que viví tan hermosas horas,
Se alejaron; ellos han cruzado el mar,
Jurando que no tornarían á esta tierra de maldición.
Sólo mi alma y yo estamos condenados.
¡Santos, soy tan perverso que parezco un renegado!
Con uno de tus milagros socórreme, Ben Ali Cherif!

XV

Atja ull idjech meskin,
Yant lfajim,
Iugra duaj des deg ir'achi;
Dluad Rebbi ag tsemechchin,
Itsebudu itsemej'jin,
Glerrdj is jed ur illi;
Kull ua d'lmej'na itj ibbuin,
Ibsel ur iuksin,
Ia med abridrer ifri.

XV

Mi pobre corazón está horriblemente desgarrado.
Los que lo comprendían lo abandonaron.
Desamparado, él se siente solo entre la multitud.
¡Todo se cumple por ley del Dios supremo,
Que es el único que da la alegría y el dolor!
Nadie es dueño de su voluntad.
Todos tenemos una pasión que nos alucina y atormenta.
Extraviados por la locura, ignoramos el camino,
Y seguimos ciegos la vía que conduce al abismo.

XVI

Subjan ek a Rebbi lkjalek
Kull echchís rerk isbek,
Ai tjuridj deg ikjfauen
Abadj lmejnas tjerfek,
Deg ezzeju ikjerrek,
Urtj ichki jed ma iudjen.
Dabadj meskin itk'ellek,
Slmajna dla chek,
Isrezgai i uid immutjen.

XVI

¡Alabado seas, Dios creador,
Que transformas cada hora la Naturaleza!
¡Todo lo que viene de ti siempre es misterio!
Entre los hombres, algunos no tienen penas;
En la alegría, todo les resplandece,
Y se olvidan de los que sufren.
Y los pobres, sacudidos por todas las tempestades,
Devorados por el amor y por la miseria,
Envidiamos la paz y el silencio de los muertos.

XVII

Rechder ka lfajem tsej'iis,
Naia netsej uuis,
Asmi ellan lek lub esfan.
Kull iun itsisin lej kis,
Itjedus lkis
Netsemmij iui, irfan.
Tjura ull iu la itsinsis
lak erban ism is!
la jetsera addan ussan.

XVII

Yo te invito, inteligente, á escucharme.
Yo había viajado mucho
En el tiempo en que los corazones eran puros.
Entonces, guiándose todos por la ley,
Practicaban noblemente el bien,
Y las almas estaban abiertas al perdón.
Hoy, que mi corazón languidece y acaba,
El nombre de Dios es desterrado, aniquilado.
¡Oh, desgracia! Los buenos días han pasado.

XVIII

Alj anin ketch derrajim,
Sebjam ek ia la'adjim,
Ia Mul lrachi bla adad.
Tjefkidj dla ich mbla adrim
led ur ak indjim,
Tjezgidj ard aok ilmendad.
Atas ag aachen ikim,
La eddin la tsekjmin,
U Ellah a laz urk nuggad.

XVIII

¡Oh, Generoso! ¡Oh, Misericordioso!
¡Alabado seas, oh Altísimo!
El número de tus adoradores no tiene fin.
Tú nos has dado los tesoros de la vida.
Nada puede ser comparado á ti.
Desde el misterio tú nos guías,
Y á tus elegidos les das la paz.
Nada deseo que no seas tú,
Y juro que mi alma es sólo tuya.

XIX

Annar! a Rebbi ark nridj,
Aklii am in tenridj,
If ii aad serraia;
Sura u tjetsek udur dennefidj,
Irkeb ii lr'idj,
Ljem it tef ii seg edde bija,
Esber ai ull iu ulai tjinidj,
Dennuba buidj,
Eknu atsa di lmejna.

XIX

¡Ten piedad de mí, Dios mío!
Yo soy como aquel á quien has quitado la vida;
Más dichoso que yo, ése, al menos, está en paz.
Mi pobre cuerpo se derrite como una bujía,
El odio me corroe y me envenena,
Penas horribles me aprietan la garganta...
¡Cálmate, corazón mío, y sufre tu destino!
A otros les toca ser felices;
Espera tú hasta que Dios quiera.

XX

A ui itserun ar diderrel
Mits jemar tjenrel,
Uejmer ansi iid akes.
Kessam agi dezzamel,
Kull iun daj lel,
Daim netsenadji rures.
Ifka i ur nelli dlefj el,
Isagur kurunfel,
Nukni deg lkuri ai net tes.

XX

Yo quisiera llorar hasta quedarme ciego;
Toda la vida se hunde antes de ser revelada.
Y las penas aumentan como las nubes de tempestad.
Dios se ha olvidado de mí.
Todos los días le pido y le suplico,
Y él jamás escucha mis ruegos.
Al que no tiene virilidad, él lo colmó
De las gentiles bellezas de perfumes suaves,
Mientras yo no tengo sino mi soledad y la noche.

XXI

Atja ull iu itseredjridj
Af lk'ern ua uidj
Ai ausser am gujil tabbutj.
Atsena redj a Sidna Ali Sid
Ah! ia emmis nessid,
Tjed a udj ar tsifrir tja gutj
Ai helker lejlak dusuid
Kull ium la itzeggid,
Abrida ai jubar imutj.

XXI

He aquí que mi corazón tiembla y se desgarr
Entre tanta miseria deforme y atormentada.
Como un huérfano, yo espero en el umbral de mi puerta.
¡Socórreme, Sid Ali, ei León!
¡Hijo de noble familia!
¡Haz que estas nieblas se disipen!
¡Oh, qué negro es el mal que me corroe!
Se agrava de día en día;
Esta vez quien me acecha es la muerte.

XXII

Ai atjma uid ak netsu,
Nmektjid netsuru,
Deddenta ag snej uidjen;
Kull tasulatj nukni neddau
Rer tjemurtj annerzu,
Daasas aid isaulen.

XXII

Hermanos, quizá os he olvidado un momento,
Pero vuestro recuerdo me ha hecho llorar mucho.
La dura vida es la única culpable.
Ni una hora yo ceso de rezar
Para tornar á mi país del sol,
Desde el cual todos los santos me llaman.



XXIII

A Allah rurek ai netsenadji.
Dism ik ai netsejedji,
Tjeferredjedj deg iatas,
Deg lertzak nezra ij uidji,
Kuler dasfandji
Tjar ekii lketjba ukerras.
Mits seggemer tjukel taudji,
A ezzejer akjardi,
Ai uejmer uits idaan fell as.

XXIII

¡Dios! Hacia ti se dirigen mis oraciones,
Y tu nombre es repetido por mí con adoración,
Pero tú me has abandonado.
Carezco de todos los bienes,
Y, habiéndome hecho miserable mercader,
He perdido hasta el consuelo de escribir.
Todos mis sueños se rompen fatalmente.
¡Oh, suerte execrable y horrible!
¿De dónde vendrá esta maldición?

XXIV

Di echchetjua ai nevuidji
Tjamurtj urts nedji,
Budjer Cherchal datjerras.
La bermessiun la lgundji
Njuba ak ajuadji
Il tef ii luad sajemmas.
Ah! alkern assufadji,
Uidak netsejuidji,
Uin kesder ibbedel likelmas.

XXIV

En el crudo invierno partí como un peregrino
Y caminé por lejanos países.
Y, sin descanso, llegué á Cherchel.
Entré en la ciudad como un mendigo intruso
Y no me atreví á penetrar en un café moro.
¡Triste estado de miseria y de abandono!
¡Oh, tiempo ingrato y bárbaro!
Aquellos con quienes contaba en mi desgracia,
Al dirigirme á ellos cambiaron de palabra.

XXV

Atja ull iu itsefafa,
Imur ben irfa,
Ijar meskin deg la meris
Busan tarraufin chorfa
Mechchedjen ljelfa,
Alg kjeddem Allah deg echchan is.
Tjekjledj lrechtj dukerfa,
Ak agi aits iufa,
Uj chaichi dug aual is.

XXV

Mi corazón tiembla,
Está lleno de mortal tristeza,
Y no sabe qué hacer de su existencia.
Un hijo de los Chorfa ha sido desterrado
A la tierra donde crece el cáñamo.
Tal es la obra de Dios en sus designios.
La buena semilla está mezclada con la cizaña.
Esta es la comparación encontrada y hecha
Por El-Hachaichi en su discurso.

XXVI

Atja ull iu deg ljelka,
Dlmajna u tjezga,
Kullium dezziada fell as;
Tjefuk seg i ljerraka,
Echchejer fell ii dasseguas;
Am in illan dug zekka,
Luiis ezzeju berka,
Ui illan daj bib summej eras.

XXVI

Mi corazón está como encerrado en un dedal.
Sus torturas ya no tienen fin,
Y cada día el mal es más horrible.
La energía, las fuerzas me abandonan.
Encerrado en una prisión llena de espantos,
Cada mes es más largo que una eternidad.
Y soy como aquel que está en la tumba.
¡Acabó todo, alegría, esperanza, amor!
¡Adiós, amadas, amigos; á todos os perdono!
ALABANZA Á DIOS EL GRANDE, EL TODOPODEROSO.

NOTA. Los originales aparecen en la rama dialectal berberisca del Mzab, tan sabiamente reconstruída por *Si Ammar ben Said Bulifa*.

